

Los Contemporáneos



527

EL CRIMEN

DE TODOS

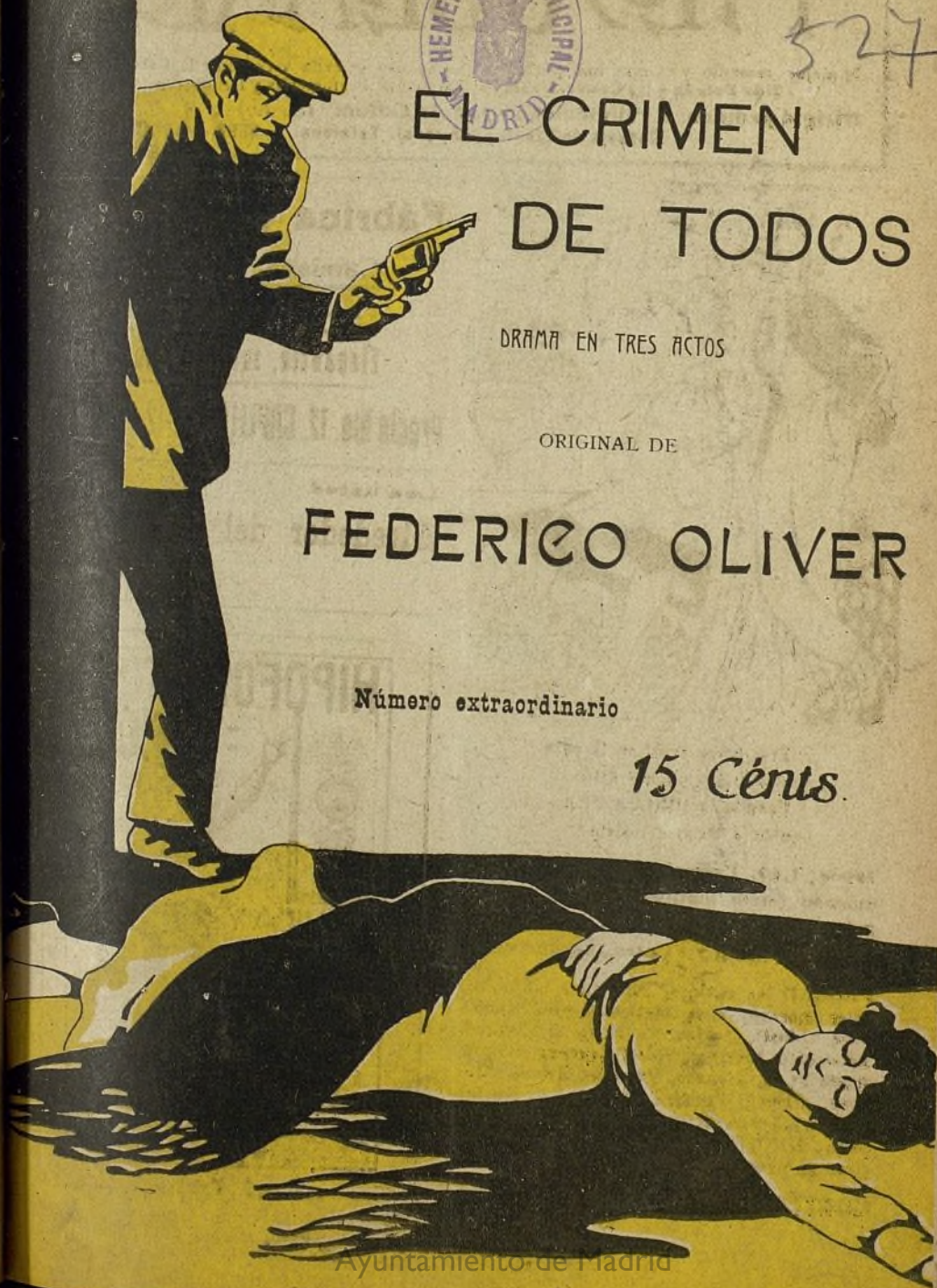
DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

FEDERICO OLIVER

Número extraordinario

15 Cents.



Ayuntamiento de Madrid

PILOSUBIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la **Calvicie**, la **Tiña Pelada** y las **Canas**. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)

Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



Tres besos te di en la cara
y tres pellizcos me diste.

Usando la PECA CURA

¿quién a besarte resiste?

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 11 ptas., según frasco.

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
RODIO FLOE, Mimosas, VÉRTIGO, Acacia, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

HIPOFOSFITOS: SALUD



DA VIDA Y
VIGOR A
LOS DÉBILES



29 AÑOS
DE ÉXITO
CRECIENTE

Aviso: Con frecuencia y por mayor lucro en la venta
se ofrecen similares. Púlsese la con tinta roja en la et-
iqueta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD"

EL CRIMEN DE TODOS

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una portería en los barrios bajos. Hay una puertecilla en cristallada que da al interior de la casa. En el interior de la portería se ven tres habitaciones mezquinas ocultas al espectador por raidas cortinas. Una camilla en el centro. Estampas en las paredes. Son las horas del amanecer. Suenan unos golpes en la puerta de la calle. Otros golpes en el cierre metálico. Dan las siete en un reloj de torre. Seguidamente repite las siete un timbre de horas. Poco después, al abrir Salvador, se oye en dirección de la calle rasguear de guitarra y murmullo de juerga próxima.

ESCENA PRIMERA

No hay nadie en escena. SALVADOR y la señora PAULA están dentro. El SERENO habla desde la calle.

SERENO (Dentro).—¡Señora Paula! ¡Señora Paula!

SALVADOR.—¡Va!...

PAULA.—¡Ya va!... Que ya es la hora, hijo.

SALVADOR (Dentro, bostezando).—Ya lo sé, madre, ya es la hora de salir del catre... (Oyese ruido como si se levantara de la cama.) ¡Maldita sea la!... Se está tan bien en cama... Es el único sitio donde no tengo penas... (Entra y sale a medio vestir.) Mientras duerme un pobre es tan rico como el que más, y si el pobre es mozo como yo lo soy, y tiene ilusiones como yo las tengo, pongo por caso, entonces más todavía, que el pobre como yo, como es valiente, sueña con los bienes de la fortuna; y el rico, como suele ser cobarde, sueña con que le quitan lo que tiene. Esto te lo digo yo, porque tengo ilusiones, madre.

PAULA.—Te levantas parlero...

SALVADOR.—Como los gorriones, que también son pobres.

PAULA.—¿Estás contento?

SALVADOR.—Sí...

PAULA.—¿Por qué?

SALVADOR.—Porque voy pa hombre de provecho. Ayer tarde me dijo el maestro que desde la semana que viene me sube el jornal dos realiyos.

PAULA.—¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

SALVADOR.—¿Con la bronca que tuve con Paco? El disgusto fué muy grande, madre, y se me pasó el decirlo.

PAULA (Con pena).—Es verdad.

SALVADOR.—Yo no transijo con mi hermano. Sobre to si sigue por el camino que ha emprendido.

PAULA (Bajando la voz).—Tienes razón; pero calla.

SALVADOR.—¿Por qué?

PAULA (Señalando a la alcoba de Paco).—Porque puede oírte.

SALVADOR.—¿Oírme? En siete sueños estará.

PAULA.—Pos llámalo.

SALVADOR.—Llámalo tú, que yo no quiero na con él.

PAULA.—Hay que ver mi sino, señor, estar

entre dos hijos que se masean, pero que no se tragan.

SALVADOR.—Bueno; déjalo estar.

PAULA.—Más vale.

SALVADOR. (*Se dirige a una jofaina que hay en un rincón.*)—¡Brrrr!... ¡Qué frío! Está el agüita que te hiela el corazón.

PAULA.—¿Te falta mucho?

SALVADOR.—Ya estoy arreglao. (*Paula entra en la alcoba de donde salió Salvador.*)

PAULA. (*Desde dentro.*)—Oye, oye...

SALVADOR.—¿Qué haces, tú?

PAULA.—Que has gastado media bujía.

SALVADOR.—Es que estuve leyendo hasta las tantas.

PAULA.—¿Ves? Pos eso no me gusta.

SALVADOR.—Y si no leo, seré un desgraciado. Otros tienen la diversión en la tasca; yo no; a mí no me estorba lo negro. Y si por cuestión de tiempo no leo de día, pues leo de noche, y san se acabó.

PAULA.—Pero se lo robas al sueño, criatura; y a más gastas media bujía ca noche y no estamos, que se diga, pa gastos extraordinarios. Luego me da un aquel de mico muy grande que haiga fuego en la casa. Ya que lees, bueno; pos lee; pero no fumes a la par.

SALVADOR.—Pierde el cuidao, madre, que no están los tiempos pa tabaco. Ayer no fumé más que dos pitos y pa eso me regalaron uno. Por más que ahora, con los dos reales que me han subido, me dejarás dos perras pa chupar yo sólo por mi cuenta, ¿verdad?

PAULA.—Anda, anda; abre la puerta de la calle y cierra el pico.

SALVADOR.—Como quieras. (*Sale al portal y abre la puerta de la calle.*) Que entre la gracia de Dios...

PAULA. (*Entornando la puerta de la alcoba de Paco para evitar que entre luz.*)—Ajaja...

SALVADOR. (*Volviendo.*)—¿Vas a despertarlo?

PAULA.—Ya escampa. Lo que hago es quitarle luz pa que duerma mejor. Ya sabes tú que Paco no da el ombligo hasta las doce.

SALVADOR.—La madrugada del pellejero, que le daba el sol en la cara y decía que era un lucero.

PAULA. (*Como escuchando en la puerta de la alcoba.*)—¡Calla!

SALVADOR.—¿Qué?... (*Ligera pausa.*)

PAULA.—¿Está durmiendo?

SALVADOR.—Yo no le oigo resollar.

PAULA.—Eso es que estará achantao en la cama y a la escucha de lo que tú mermuras.

SALVADOR.—¿Pa qué dices mermuras, y haiga, y achantao? Esas son expresiones que no están bien y tú no las dirías si no las oyes a Paco, que no se le cae de la boca la órdiga y el órdago, éle y pa chasco, y mian, y ninchi y toas las expresiones del arroyo que algunos escritores llevan hasta el teatro con la disculpa de que son spineteros; pero nosotros, los del pueblo bajo, no debemos contribuir a eso. Los pobres, pa ser menos pobres, debemos hablar mejor. Yo ya lo procuro y me limpio to lo que puedo de las malas palabras, que las más de las veces decimos por rutina.

PAULA.—¿Me quies... Ayuntamiento de Madrid

éste por donde sale ahora! ¡Ni que fueras académico!

SALVADOR.—Académico, madre; si es que lo permites...

PAULA.—Por mí...

SALVADOR.—Teniendo como tengo la voluntad de ser mejor de lo que soy, más cerca estaré de ser académico—con estar muy lejos y ser pa mí una utopía—que de ser quinceañero; cosa que está muy cerca del que se emperra en ser peor de lo que es... Yo seré un cursi, como dice mi hermano. Más vale ser un cursi que ser un chulo. El cursi, que es el “quiere y no puede” tiene a lo menos el “quiere”. El chulo ni una cosa ni otra, porque es la negación del ciudadano. Un pueblo de cursis puede ser un pueblo de hombres si llega el caso; un pueblo de chulos será esclavo siempre del vicio de serlo.

PAULA.—¡Mi madre! Lo que sabes...

SALVADOR.—Por eso yo quiero mejorar de condición, y si es verdad que no me pudiste dar una carrera, me metiste, a lo menos, en un taller de ornamentista; y mia tú lo que son las cosas; como el maestro ha visto que me doy maña pa la escultura, el maestro me ha dao a modelar unos frisos Renacimiento que se me duermen los deos de gusto mientras trabajo. Por lo demás, ya sabes lo que hago: aprendo dibujo en la escuela de Artes y Oficios; tengo una recomendación pa el Círculo de Bellas Artes pa aprender el natural y don Antonio, el abogado, que tanto nos distingue va a conseguir de un escultor tan grande como D. Mariano que entre yo en su estudio a modelar... Me muero de gusto de pensar que eso llegue. Es una alegría muy grande subir a lo alto desde lo bajo. Hay una voz que le dice a uno desde chico lo que va a ser en la vida; y esta que escucho yo solito, me dice que yo seré algo más que un triste jornalero. Claro está que esas cosas no se las digo a nadie pa que no se rían de mí; pero se las digo a mi madre y a las cuatro paredes de mi casa. Por eso me llama cursi mi hermanito.

ESCENA II

DICHOS y un REPARTIDOR de periódicos.

REPARTIDOR.—Buenos días, señora Paula. PAULA.—Que los tenga usted muy buenos.

REPARTIDOR.—Ahí tié usté el A B C pa don Arturito, el vecino del entresuelo derecha.

PAULA.—Déjelo usté ahí, en esa silla.

REPARTIDOR. (*Dejando el periódico.*)—Y dígame usté a don Arturito que ya son siete meses de A B C los que me adeuda; lo cual que son un número de perros que ni una exposición canina. Esto se lo dice usté con diplomacia, porque es curial y tié que ser el pago por las buenas; pero, ¡rechufa! lee el A B C de gorra con lo que le cuesta a don Torcuato la información, ya no es un abecé, es un abusó; y que se me perdone el chistecito, ¿eh? que hay que hacer de to pa

alternar en sociedad, y no está ni medio mal que derroche el ingenio un repartidor cotidiano y matutino. Saluquí. (Vase.)

ESCENA III

DICHOS menos el REPARTIDOR

SALVADOR (Viendo que su madre se dispone a salir).—¿Adónde vas, madre?

PAULA.—A por churros pa ti. (Vase la señora Paula.)

ESCENA IV

SALVADOR solo.

SALVADOR.—¡Pobre madre! ¡Si no fuera por ella!... (Coge el periódico.) Vamos a ver lo que dice el A B C. (Breve pausa, mira inquieto a la alcoba de su hermano.) Y na, que no se le oye ni la respiración. Si... (Llamando a pequeños intervalos; primero en voz baja, luego más alto.) ¡Paco!... ¡Paco!... ¡Paco!... ¡Que si quieres! ¡Será verdad lo que me pienso? (Levantándose.) Yo voy a verlo. (Abriendo la puerta de la alcoba de su hermano.) ¿No lo dije? La cama sola y el pájaro suelto. ¡Muy bonito, hombre, muy bonito! ¡Valiente... canalla! (Vuelve a tomar el periódico y a sentarse. Se oye la guitarra en la calle.)

ESCENA V

SALVADOR y la señora PAULA, que vuelve.

PAULA.—Aquí están los churros. (Deja los churros encima de la camilla y entra en la cocina.)

SALVADOR.—¿Estará recalentao el café?

PAULA (Volviendo con un pucherete).—Ya está bueno. (Salvador ayuda a su madre, colocando dos tazones, azucarero y cucharillas encima de la mesa. Desayuna.)

SALVADOR.—¿Te ha pasado algo?

PAULA.—Na.

SALVADOR.—Te veo así como enfadado.

PAULA.—No; es que he pasado por delante de la puerta de la taberna del señor Higinio un tiempo que entraban cinco señoritos de estos chulones, que no guardan respeto a nadie y que no dicen más que palabrotas.

SALVADOR (Irritado de pronto).—¿Se metieron contigo?

PAULA.—Quita, hombre; ¡Valiente fuguilla eres! Esos sinvergüenzas no se meten más que con las niñas bonitas.

SALVADOR.—¿Te han faltao, madre?...

PAULA.—¿Que no, tonto! Lo que pasa es que hay expresiones que le sacan a una los colores a la cara por muy vieja y muy corrida que se sea. Eso es lo que pasa. Cosas de hombre.

SALVADOR.—Yo sé cómo se limpiaba esa

morrala de la vía pública. No hay mañana que no tropiece con señoritos juerguistas... Como los extremos se tocan, nos tropezamos en los amaneceres los que vamos a ganarnos la vida con los que la tiran a puñaos... Cuando nosotros nos levantamos, ellos se acuestan.

PAULA.—¿Y qué le vamos a hacer, si así es la vida?

SALVADOR.—¿Qué va a ser eso la vida! ¿Qué va a ser!

PAULA.—Hijo, estás desencajao. ¿Qué te pasa?

SALVADOR.—Que tengo que reventar, madre. Que estoy rabiendo de indignao que me pongo. Que esta conversación se relaciona con que tu hijo Paco, no ha dormido esta noche en casa.

PAULA (Llamando).—¡Paco!

SALVADOR.—No te canses, que no está.

PAULA.—¡Dios mío de mi alma!

SALVADOR.—No te apures.

PAULA.—Eso, que no me apure.

SALVADOR.—Pues ¿qué vas a hacer?

PAULA.—Si es mi hijo, si es tu hermano...

SALVADOR.—¡Ya, ya!

PAULA.—Si no me llega la camisa al cuerpo de pensar que pueda pasarle una desgracia, por atolondrao, por mala cabeza. (Observando la aparente indiferencia de Salvador.) No lo tomes así, Salvador.

SALVADOR.—Pues, ¿cómo voy a tomarlo?

PAULA.—Con esa pachorra, con esa risita que te asoma a la cara. Tú no quieres a tu hermano.

SALVADOR.—¿Cómo voy a quererlo si te da mala vida?

PAULA.—¿Pues eso no, eso no, hijo mío!

SALVADOR.—¿Cómo voy a quererlo si no mira por tu descanso?

PAULA.—Ya verás cómo cambia, Salvador.

SALVADOR.—Sí, sí...

PAULA.—Pero un hombre, ¿no puede remediar un vicio que tenga?

SALVADOR.—Según: si no es más que un vicio, bueno; puede salvarse. Un hombre puede ser borracho y quitarse del vino; jugador y salvarse de la timba. Pero eso es cuando se tiene el vicio solo, no cuando se complica con un veneno muy malo, que es la chulería; porque la chulería es una cosa así como la santificación del vicio. Por eso, el chulo vicioso tiene como una honra el serlo; porque halaga el orgullo del hombre que se tiene por de pelo en pecho, eso de no saber ná de ná, cambiar la taberna por el taller, ser matón con las mujeres y canalla con los hombres. Y eso, eso es lo que tiene mi hermano: la vanidad de la chulería metida en los huesos, y con ese veneno allí dentro no hay salvación pa él ni pa muchos que están en su caso.

PAULA.—Es verdad; es una pena decirlo, pero es verdad. (Ligera pausa.) Y luego, desde que lo ha plantao la Amalia, está peor que peor...

SALVADOR.—¡Pobre mujer! ¡Sabe Dios lo que le tendrá sufrido! Yo no la conozco y la disculpo.

PAULA.—Dicen que es buena, y que le quería... ¡Qué lástima! En fin, me voy a la compra. (Toma el periódico.)

SALVADOR.—Yo me quedaré al cuidado de la portería. Son las siete y cuarto y hasta las ocho no entro en el taller.

PAULA.—Lo que te pido por la Virgen del Carmen es que si viene Paco antes que yo, no le regañes.

SALVADOR.—Bueno.

PAULA.—Por Dios, hijo, que anoche os pusisteis a matar. Tú, que vales más que él, contento.

SALVADOR.—Descuida.

PAULA.—Y si te falta, lo perdonas y te callas... ¿lo harás?

SALVADOR.—Sí. (*Vase Paula.*)

ESCENA VI

SALVADOR y GREGORIA, que baja con un cesta.

GREGORIA.—Felices.

SALVADOR (*Que ha vuelto a sentarse y a tomar el A B C.*)—Que los tenga usted muy buenos, Gregoria.

GREGORIA.—¿No está la señora Paula?

SALVADOR.—Acaba de salir pa la compra.

GREGORIA.—Tengo que decirle, sabusté, que la Udosa, la de cuerpo de casa, me está metiendo un cisma, u como se diga, entre el señorito y la señorita en contra mía, que no hay pelo que salga en un huevo frito que no diga que es de mi pertenencia; y to porque tengo las tenacillas y el espejo junto al fogón. Y si no fuera más que eso, menos mal; pero la señorita es tan delicá, que se ahoga con un cabello, y como ya son varios, me estoy haciendo intransitable en la casa. (*Viendo que Salvador no levanta la vista del periódico.*) ¿No me contesta usted?

SALVADOR.—Estoy leyendo.

GREGORIA.—Salta a la vista. ¿Y puede saberse qué es eso tan intelectual que le embarga el sentío?

SALVADOR.—Unos salvajes que atropellaron anoche a una mujer, y en un sitio céntrico.

GREGORIA.—¿Qué fué? ¿Qué fué?

SALVADOR.—Lo de todos los días; que pasaba una muchacha por la acera de Gobernación, y unos sinvergüenzas la corrieron por las calles, propasándose con ella, hasta que tuvo que terciar un caballero que sacó la cara por la chica.

GREGORIA.—¿Habrás visto la niña!

SALVADOR (*Atónito.*)—Pero, ¿condena usted a la chica?

GREGORIA.—Por lo menos no la indulto. Hay cada tobillera por esas calles, que le digo a usted que saben más que la justicia, y que se traen una combina de repiquetear los talones y de dar cadera, que vamos, piden a cá paso una rotura de hostilidades... y, ¿qué quieren los hombres? Pues el chupen del bote femenino, si pué ser.

SALVADOR.—Pero aunque así sea, Gregoria, ¿no sabe usted que una mujer, por bajo que haya caído, merece respeto?

GREGORIA.—¡Ay, hijo, lo veo a usted malamente!

SALVADOR.—Pero, ¿es que a usted no le duelen las vejaciones que hacen en la calle con una mujer, na más que por ser mujer?

GREGORIA.—¡Ave María! ¡Ni el Quijote, dos tomos, edición popular!

SALVADOR.—Vamos, hombre, vamos, que esto lo explica to. Si el agraviado no toma la parte de su defensa, bien merecio lo tiene.

GREGORIA.—Pero, ¿qué está usted diciendo?

SALVADOR.—Que se vaya usted a la escuela.

GREGORIA.—¡Pa chasco! Yo no voy a eso, ni me vacuno.

SALVADOR.—¡Ah, tampoco se vacuna usted!

GREGORIA.—¡Pues no está usted modernista! ¡Ni yo ni mis cinco hermanos, que a mamporros recibió mi padre en una ocasión a los praticantes y doctores del Municipio que se empeñaron a la trágala en esa porquería.

SALVADOR (*Desabrido.*)—Ca uno tiene lo que se merece.

GREGORIA.—¿Va usted a darme lecciones de moral? La culpa la tengo yo, que me entretengo en la portería con don Antonio Marra. Vaya, abur. (*Vase.*)

SALVADOR (*Volviendo a leer.*)—Y luego dicen, señor...

ESCENA VII

SALVADOR, en escena. AMALIA y CHULOS 1.^o, 2.^o y 3.^o, dentro.

(*Oyese dentro, muy acentuado, el rasquear de una guitarra y las voces de unos chulos que jalean el cantar. Empieza a oirse una copla, que se interrumpe a la mitad. Y luego confuso murmullo de piropos, gritos de mujer y risotadas.*)

CHULO 1.^o (*Dentro.*)—Ven acá, paloma.

CHULO 2.^o (*Dentro.*)—¿Qué arisca eres!...

AMALIA (*Dentro.*)—¡Quieto, digo!

SALVADOR (*Soltando el periódico.*)—¿Quién da voces? (*La disputa de la calle sube de punto, oyéndose el vocerío cada vez más cerca.*)

ESCENA VIII

SALVADOR y AMALIA que viene perseguida por los CHULOS

CHULO 1.^o (*Dentro.*)—¡A ver si te doy!

CHULO 2.^o—¿Pues no te pones tú moños!

AMALIA.—¡Gramujas! (*Entra atropelladamente en el portal; los chulos se detienen un momento.*) ¡Golfos! ¡Que os metéis con una mujer sola!

CHULO 1.^o (*Amenazando.*)—Es que atufas de bonita.

CHULO 2.^o—Se acaba el hombre y se impone el satírico...

AMALIA.—¡Socorro!

SALVADOR (*Adelantándose.*)—¡Pierda usted cuidado, que aquí estoy yo!

CHULO 1.^o—¡Anda, leñe! ¡Pué saberse de donde ha salido este germanófilo!

CHULO 2.º—¿Es que rompe el pollo la neutralidad?

CHULO 1.º—El cascarón será lo que habrá roto.

AMALIA (A Salvador.)—No se meta usted con ellos, que son muchos.

CHULO 1.º—¿Es el novio por un casual?

SALVADOR (Temblando de ira.)—¡Soy quien soy, y al que se acerque lo tiendo! (Toma un formón y lo esgrime.)

AMALIA.—¡Socorro!

CHULO 1.º (A Salvador.)—¿Ties herramienta?

SALVADOR.—La del oficio. Pa ganarme la vida me basta con ella. ¡Pa los guapos, me sobra!

CHULO 1.º—¡Ay su madre!

SALVADOR.—¡Canallas!

CHULO 2.º (Al 1.º).—Ahuequemos, tío.

CHULO 3.º—No es cosa de entrar a darle una azotina.

CHULO 2.º—Va a ser un allanamiento de morada.

CHULO 1.º—Nos veremos, pollo. (Se van los chulos; unos chiquillos curiosos se agolpan en la puerta.)

ESCENA IX

SALVADOR y AMALIA

SALVADOR (Excitadísimo).—¡Maldita sea! ¡Hay momentos en que uno no repara en na! ¡Hay momentos en que una perdición se mete por las puertas de una casa decente, y por pacífico que sea uno tiene que reventar, que no hay cosa que incite a derramar la sangre como verla en las llagas de los enfermos y de los sanos, cuando es en el corazón donde las tienen!... ¡Maldita sea!

AMALIA.—¡Cálmese usted, por Dios!

SALVADOR (Encarándose con los chicos que hay en la puerta de la calle).—¡Ea! ¿Qué pasa? ¿Fuera de la puerta! ¡A fisgar a otra parte! (Se van los curiosos.)

AMALIA.—Ni un guardia, ni na. Paece mentira.

SALVADOR.—No salga usted en un rato.

AMALIA.—Que Dios le pague a usted el haber sacao la cara por mí.

SALVADOR.—Está usted asustá; ¿quiere usted agua? (Llena un vaso de agua y se lo ofrece.)

AMALIA.—Es la primera vez que me defienden. (Bebe.) Hasta los que me quieren, me atropellan...

SALVADOR.—¿Está usted más tranquila?

AMALIA.—Gracias a usted.

SALVADOR.—¿Venía usted a esta casa?

AMALIA.—Sí, señor; aquí mismo.

SALVADOR.—¿Aquí?

AMALIA.—A la portería de la señora Paula. ¿No es ésta?

SALVADOR.—Esta misma.

AMALIA.—Ya caigo. ¿Usted es el otro hijo de la señora Paula; ¿verdad usted?

SALVADOR.—Sí, señora. Y usted es la hija de la novia de mi hermano Paco.

AMALIA.—Cabal.

SALVADOR.—Pues mire usted por donde me alegro de conocerla. No hace ni diez minutos que hablaba de usted con mi madre; que esa sí que la conoce a usted.

AMALIA.—Quizás no me conozca lo debfo, porque puede que no me disculpe; y a eso vengo, a hablarle al alma, a que comprenda que yo me he portao siempre bien con su hijo; que tocante a quererle, lo he querido y lo quiero, sí, señor; pero hay cosas que no pueen ser, que se quiebran las ganas de to cuando las personas no son como Dios manda, y Paco...

SALVADOR.—No se canse usted, Amalia; que sin conocerla le he dao la razón a usted en contra de mi hermano y delante de mi madre.

ESCENA X

DICHOS y PACO, que viene de la calle.

SALVADOR (Aparte).—¡Paco!

AMALIA.—¡Dios mío!

PACO (Dirigiéndose violentamente a Amalia).—¿Qué haces tú aquí?

SALVADOR (Interviniendo).—Oye...

PACO.—¿Qué haces tú aquí, digo? ¿No te he mandao que no vengas?

SALVADOR.—Oye, Paco...

PACO.—¿Y quién eres tú pa meterte en cosas de hombre?... ¡Literato, que eres un literato!

SALVADOR (Nervioso).—Seré lo que quieras; pero oye...

PACO.—Yo no oigo más que lo que me sale del pecho. A mí no se me domina como a un crío... Esta mujer ha sfo mi novia; ha estao pa casarse conmigo, y de la noche a la mañana me ha plantao por otro, y eso... eso no se hace conmigo sin que las cosas pasen a mayores.

AMALIA (Resentida y llorosa).—Tú no me quieres, ni me has querido nunca...

PACO.—¡Amarra!

AMALIA.—Pues entonces, déjame en paz...

PACO.—Eso es lo que tú querías pa chulearte de mí; pero yo te he tañao. Soy yo muy hombre, y las prendas de mi uso personal tienen usia. Cariño que yo tiro a la calle no lo recoge ningún quidan sin estrellarse los sesos en los adoquines. Se lo dices a Eusebio... ¡Y como lo digo, lo hago!

AMALIA (Irritada).—Vaya, me voy.

PACO.—Ahorra no te vas sin enterarte de mi fuero interno. (La sujeta fuertemente por una muñeca.) ¿Sabes lo que te digo? Tú me diste la conversación por las buenas; me hiciste birra y me dejaste por las malas, y como yo no soy ningún ave de corral, por las malas has de echar a ese... y por las buenas has de volver a mí... ¡Y si no lo haces... si no lo haces!... ¡Por estas, que te doy pa el pelo! (La amenaza brutalmente.)

SALVADOR (Interponiéndose indignado).—

AMALIA (Sujetando a Paco).—¡Paco!

SALVADOR.—¡Amenazar a una mujer es de cobardes!...

AMALIA.—¡Por Dios!

PACO.—¡Oye, oye, oye!... ¿La defiendes tú?

SALVADOR.—¡No será la vez primera!

PACO.—¡Si no mirara que eres mi hermano!...

SALVADOR.—¡Entre esta mujer y tú, mi hermana es ella; que amparar a los débiles es la primera ley de hermandad!

PACO.—¿Y si yo te arrancara la lengua? (Se miran con furia; están a punto de venir a las manos.)

AMALIA.—¡Socorro! ¡Socorro! (La señora Paula asoma por el foro.)

PACO (Apretando los puños).—¡Mira!

PAULA (Poniéndose entre los dos).—¡Hijos!

AMALIA.—¡Señora Paula!...

PAULA.—¿Qué pasa?

SALVADOR (Dominándose).—Na, madre. Viniendo tú no pasa na.

PACO (Amenazador todavía).—¡Te daba así!... ¡Pero di que ha vuelto la vieja, que sí no!...

ESCENA XI

DICHOS y la señora PAULA

SALVADOR.—Me voy a la calle, que es lo más acertado.

PACO.—Toos contra uno...

AMALIA (Llorando).—Yo tuve la culpa, yo...

PAULA.—Pero, ¿será posible que no pueda faltar una?

PACO.—A mí nadie me comprende, ni me estima...

SALVADOR.—Te juro, madre, que no tuve yo la culpa...

PACO.—Ni yo...

SALVADOR.—Puede que sí; que parece que no estás en tu razón.

PACO.—¿Lo está usted viendo, madre? ¡A ver quién falta, a ver quién provoca!

PAULA.—Malos hijos; que me vais a quitar la vida.

AMALIA.—Yo tuve la culpa; yo solita. Vine aquí con la mejor intención del mundo, pero no valen las intenciones cuando Dios quiere otra cosa... Tenía que decirle muchas cosas a usted, señora Paula; pero vino Paco, y quiso pegarme...

PACO (Despectivo).—Mirarla con gemelos a ver si no paece la dama de la media almen-dra. Cualquiera que la escuche se pensará mismamente que es una paloma. Sí, sí, paloma. Y luego le llena el morral de guijas al caballo gordo de la Plaza Mayor.

SALVADOR.—Me voy al trabajo, madre.

PAULA.—Es lo más derecho.

SALVADOR (Bajo a Amalia).—Y usted, Amalia, ya sabe que soy un hombre de bien. No haga usted caso de bravatas, y si alguien, sea

quien sea, le faltara a usted al respeto, me lo avisa, que yo estaré a la mira...

AMALIA.—Que Dios se lo pague a usted.

SALVADOR.—Adiós, madre. (La besa y se dirige a su hermano). Adiós, Paco. Por mí, lo pasao, pasao. (Señalando a la madre.) Ya sabes que entre los dos, está un pedazo de los dos. (Vase.)

PACO (Despectivo).—Otro palomo sin hiel. Sí, sí, palomo. Vaya, me voy a la pilitra, y mañana será otra noche... A mí nadie me comprende, ni me estima. (Entra en su alcoba, y saca la cabeza entre cortinas.) Hacerme el favor de hablar bajito, que tengo las orejas, pero como un gramófono. ¡Que esto pase en un país civilizaio! (Echa las cortinas.)

ESCENA XII

AMALIA, la SEÑORA PAULA y PACO dentro de la alcoba.

PAULA.—¿Qué tenía usted que decirme?

AMALIA.—Se pensará usted de mí muy malas cosas... (Afectando indiferencia.)

PAULA.—¿Por qué?

AMALIA.—Y yo venía a decirle que soy buena...

PAULA.—Hable usted más bajo... (Mira inquieta a la habitación de Paco).

AMALIA.—Que soy buena, sí señora; y que no haga usted caso de Paco, que está ciego de rabia; pero no por cariño, sino por despecho.

PAULA.—Eso sí que no. Aunque aparente otra cosa, mi hijo la quiere a usted, por desgracia.

AMALIA.—Y yo también a él.

PAULA.—¿Entonces, por qué lo ha dejao?

AMALIA.—Por su manera de ser, señora. ¿No lo está usted viendo?

PAULA.—Mi hijo no es malo en el fondo...

AMALIA.—Eso se dice siempre pa disculpar a los que atropellan; pero yo pienso, no sé si con razón, que hay que ser bueno en el fondo y además del fondo.

PAULA.—Mi hijo no tiene mala entraña. Lo que pasa es que estubo muy mimao de chico, y de grande tiene las faltas de su edad. Es voluntarioso, tiene mala cabeza, pero malo, no es malo, ¿qué va a ser? Malas cosas, pañas y na más. Malas palabras, y na más, que es lo que siempre le estoy predicando, pero "predícame, Pedro". Es perro ladrador, y a un chico así, mal enseñao, se le lleva con mieles, y no con hieles, y nadie más indici que usted pa haberlo conseguido, que la mujer es el molde de la voluntad del hombre; y por eso estoy resentida con usted. Y ya que viene a pelo, se lo digo.

AMALIA.—Pues no tiene usted razón, que yo...

PAULA.—Si yo hubiera estao en el pellejo de usted, otro gallo le cantara a mi hijo, que yo, como sabía que usted era honrá, estaba

contenta con estas relaciones, porque una mujer que es bonita y buena hace de un hombre lo que le da la gana, y si usted le hubiera querido, como dice, habría dao un cambio a Paco a estas horas, que vamos, no digo yo que fuera San Luis Gonzaga; pero que no probaría el vino, ni se juntaría con mala gente. Tan cierto como ahora es de día, y esa era mi esperanza: la salvación de mi Paco por usted...

AMALIA.—Pero...

PAULA.—Déjeme usted, Amalia, que to tiene su hora y este desahogo ha tenido su minuto. ¿Sabe usted las que no conseguimos na con los hijos? Las madres, porque estamos siempre dentro de estas cuatro paredes, y los hijos, como los pájaros voladores, tiran siempre fuera del nido; pero vosotras, las que tenéis el gancho pa ellos... ¡ya, ya! Mire usted; yo, lo digo por experiencia que mientras vivió mi pobre marido fué mi hechura en tó, sin que se diera cuenta el pobrecito mío, que es el mérito, que a veces hasta remordimientos tuve, porque ese sí que era un santo. Pero es lo que se dice: dos que se acuestan en un mismo colchón, se vuelven de la misma opinión, y sarna con gusto no pica, que yo sepa. Hasta tal extremo, que a mí me gustaba y me gusta la cebolla, y él no podía ni verla, que se ponía malo na más que con la idea, y yo me las compuse de manera, que cebolla comió hasta la hora de su muerte, y con gusto, que es lo principal.

AMALIA.—¿Pero usted se cree?

PAULA.—Que no le querrá usted cuando lo deja por otro...

AMALIA.—¿Pero usted se figura que yo no he bregao un día y otro para que fuera hombre de bien a ca momento? Si no me ha faltado más que echarle memoriales. ¿Usted sabe lo que le he llorao? ¡Si no se pueden contar las veces que le he sacao de la tasca aguantando hasta sus golpes, señora! Y perdiendo en mi reputación, que no es honra, precisamente lo que gana una chica soltera en esos andurriales... Y to lo hacía por su bien, porque iba a ser mi marido y como huérfana que soy no tenía que darle a nadie cuenta; pero no había paciencia, que es lo que yo digo, pa tolerar sus manías y sobre tó el odio, el odio tan enconao que tomé a mis hermanitos. Ya ve usted, dos huérfanos como yo, que están a mi cargo y que mantengo con mi trabajo, que no los voy a tirar a la calle, porque son dos crios que caben debajo de un paraguas, y los quiero, como es razón, que les he limpiado cuando chicos los pañales y no han conocido otra madre que yo. Señora, no condene usted de memoria y entérese usted de las cosas. Cuando usted se quedó viuda y mantenía usted a sus niños, ¿los hubiera usted metido en una inclusa por darle gusto a un hombre?... ¿Ve usted cómo se calla? Pues Paco se emperrió en eso, y a más, a más hacía otras cosas peores, que me los tenía aterrados, y mi Pepe, calzonete de a cuarta, como yo le digo por lo mija que es, vino un día llorando, con el corazón encogido porque tyro la mala sangre de... (Llora.) ponerle la mano encima. Sí, señora.

PAULA.—Y ¿por qué no me lo dijo usted a su tiempo? Yo le hubiera dicho...

AMALIA.—¿Usted? ¿Pos no me ha dicho ahora que era yo la que podía cambiarle? Ya ve usted cómo no es verdad, que Paco es muy suyo. ¿Y qué voy yo a hacer, señora Paula? Póngase usted en mi caso, sola en mi solo cabo y con dos chavales que sacar adelante. La vida es muy mala y ca vez hay más exigencias. Yo no soy mal parecía y tengo que aprovechar los años, que las privaciones le quitan a una la mija de palmito en menos de lo que se piensa. Mis hermanos necesitan el arrimo de un hombre que les sirva de padre. Yo necesito amparo también, que usted sabe los peligros que amenazan a una chica sola en este Madrid, que talmente es una Babilonia. ¿Qué querría usted que hiciera? Con harta dolor de mi alma dejar a Paco, que no soy yo la que tira su cariño por la ventana; sino él con sus procederes. Por eso le hice cara a Eusebio. (Oyese ruido en la alcoba de Paco.)

PAULA (Asustada).—¡Cállese usted!

AMALIA.—¿Qué?...

PAULA.—Hable usted más bajo... ¿No oye usted? (Ligera pausa.)

AMALIA.—Ná; no oigo ná.

PAULA (Volviendo a sentarse).—Siga usted.

AMALIA.—Eusebio es electricista, gana muy buen jornal, es muy trabajador y muy serio y me quiere a rabiar. Yo, la verdad, como se ha encariñado con los chicos, le voy teniendo ley, y a más que con él me espera un mañana descansao. Compare usted, señora, sin hacer de menos a su hijo... ¿Qué porvenir me espera a mí con Paco? Al regañar con él quiero que usted se convenza de lo que me tengo repudrio por su culpa; que se me abren las carnes de pensar lo que sería de mí con un hombre—no se me ofenda usted, señora Paula—con un hombre que no le tiene ley al trabajo, que... (Paco sale de la alcoba a medio vestir. Las dos mujeres dan un grito.)

ESCENA XIII

DICHAS Y PACO

PACO (Furioso, congestionado).—¡Más alto!

PAULA.—¡Paco!

PACO.—¡Dilo más alto, golfa!

PAULA.—¡Hijo!

PACO.—¡Si no respeto na!

PAULA (Angustada).—¡Váyase usted!

PACO (Dando un salto y poniéndose delante de la puerta).—¡Sin oírme, no! ¡De rositas, no!

PAULA (Aterrada).—¡Calla!

PACO.—¡Yo soy muy hombre! ¡Por estas que son cruces, que mataré a Eusebio! ¡Lo mataré!

AMALIA.—¡Jesús!

PACO (Amenazándola frenético).—¡Y a ti!

Ayuntamiento de Madrid

PAULA (A Amalia, sujetando nerviosamente a su hijo.)—¡Váyase usted!

PACO.—¡No!

PAULA (Irguiéndose.)—¿También eres valiente con tu madre?

PACO (Aturdido.)—No...

PAULA.—Váyase usted, Amalia. (Vase Amalia precipitadamente. Paco la ve salir absorto. Paula vuelve a su lado. Pausa; como si fuera a ser víctima de un ataque, Paco quiere hablar y no puede. Paula le interroga con angustia maternal.) ¡Hijo, hijo! ¿Qué te pasa? ¡Contesta!... ¡No me asustes!

PACO (Con un gemido bronco.) — ¡Si la quiero, madre, si la quiero! (Solloza.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y un VISITANTE desde el portal.

VISITANTE.—¡Portera!... ¡Portera!...

PAULA (Limpiándose apresuradamente las lágrimas.)—¿Qué desea?

VISITANTE.—¿Cuál es el cuarto de don Antonio Serrano?

PAULA (Con naturalidad.)—Segundo derecha. (El Visitante sube; Paula vuelve a su hijo.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que el acto primero. Se oye un piano de manubrio. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PACO y PAULA. Paco sentado ante la camilla, hace pitillos. La señora Paula le observa inquieta.

PAULA (Viendo que Paco guarda los cigarrillos en la petaca y toma el sombrero para marcharse.)—Paco, ¿adónde vas?

PACO.—A la calle.

PAULA.—¿Te aburres en casa?

PACO.—Me divierto fuera...

PAULA.—Tú estás serio.

PACO (Desabrido.)—Pa reirme estoy.

PAULA.—¿Pa qué tienes esos modos con tu madre?

PACO.—Yo no tengo modos.

PAULA.—Basta con oírte.

PACO.—Lo que quiero es que no me tires de la lengua. Na más.

PAULA.—Te pasa algo.

PACO.—Que no, te digo.

PAULA.—Cuando dices que no te tire de la lengua, es que algo tienes en el interior.

PACO.—¿Lo que tengo en el interior? Un cuarto desalquilao.

PAULA.—¿En el piso alto?

PACO.—No; centro, izquierda.

PAULA.—Pues ponle papeleta.

PACO.—La papeleta será a domicilio... y con orla de luto.

PAULA.—¡Paco!...

PACO (Riendo forzosamente.)—¿Pa qué te asustas?

PAULA.—¿Qué máquinas?

PACO.—¡Cualquiera que te oiga!

PAULA.—Tú has jurao matar a Eusebio.

PACO.—Aprensiva estás.

PAULA.—Estoy con no vivo.

PACO.—Pues, descansa...

PAULA (Cada vez más inquieta.) — ¿Por

qué hablas con medias palabras? ¿Pa qué hablas de orlas de luto?

PACO.—Lo dicho. Estás mu aprensiva.

PAULA.—Responde. Y no me tengas con el agua al cuello...

PACO.—Si fué broma, madre. ¿No puede uno dar una broma? Hablábamos de cuartos desalquilao, y salieron a relucir las papeletas... y luego lo del luto. Na... memeces que se le vienen a uno a la boca. Hablar por darle gusto a la lengua. Y como tú querías tirarme de ella...

PAULA.—¿Es eso to?

PACO.—Valiente escamona eres.

PAULA.—¿Por qué no me miras a la cara?

PACO.—¿Yo?...

PAULA.—Mírame a los ojos, Paco.

PACO (Molesto.)—Ya te miro, ea.

PAULA.—Ojos enconao los tuyos...

PACO.—Míu que eres...

PAULA.—No miran a derechas...

PACO.—Pues, ¿cómo?

PAULA.—Tíes acero en los ojos... Tíes fuego en los ojos...

PACO (Con risa forzada.)—¿De veras?

PAULA (Con un grito de angustia.)—¿Tú vas a matar a Eusebio!

PACO.—¡Vamos, quita!

PAULA.—¡Hijo!

PACO.—No te oquees, madre.

PAULA.—¿No me ves penando?

PACO.—Desvarías...

PAULA.—Parece que es pa ti plato de gusto tener a tu madre angustiá... ¡Que no vivo, señor, que de pensarlo mismamente siento calentura!...

PACO.—¿Y tengo yo la culpa de que seas tan novelera?

PAULA.—Pues déjame tranquila.

PACO.—¿Cómo?

PAULA.—Tú has jurao matar a un hombre.

PACO.—Estaba acalorao...

PAULA.—Lo juraste.

PACO.—Palabras que se lleva el viento.

PAULA.—Pues júrame ahora. Y que no se lleve el viento lo que jures...

PACO.—¿Qué?

PAULA.—Que dejarás en paz a Eusebio y a la Amalia...

PACO.—Ya...

PAULA.—¡Júralo!

PACO.—¿Por qué quíes que lo jure?

PAULA.—¿Por la memoria de tu padre!

(Pausa.)
PACO.—Por éstas, que va jurao. (Tomando sombrero y bastón.) ¿Estamos ya?

PAULA.—Que Dios te condene si has mentado.

PACO.—Si Dios me condena tú me salvarás.

PAULA.—Si eres asesino, no...

PACO.—Dejemos ya la conversación. Y ya que te doy gusto, déjame salir. (Hace intención de marcharse.)

PAULA.—¿No me das un beso?

PACO.—¿Es que no voy a arrancar de la casa?

PAULA (Abrazando y besando a su hijo nerviosamente).—¡Ingrato! Tenga usted hijos pa esto!

PACO (Correspondiendo a la caricia de su madre).—Yo no soy besucón.

PAULA.—Que seas bueno, hijo mío. (Al separar dulcemente a su hijo nota, con sorpresa, que lleva un objeto duro en un bolsillo de la americana.) ¿Qué llevas en el bolsillo?

PACO.—Na...

PAULA (Asustada).—¿Es un arma?

PACO.—No.

PAULA.—¿Es un arma!

PACO.—¿Suelta!

PAULA.—Dámela.

PACO.—Que no seas taravilla... (Apartando el brazo de la madre.) Es un arma, sí. Es una pistola que he comprado. Pa eso te pedí las veintitrés pesetas.

PAULA.—¿Jesús!

PACO (Impaciente).—Pero ¿te has vuelto loca? Vaya, me voy.

PAULA.—No.

PACO.—Que no quiero apartarte, madre.

PAULA.—Me tíes que decir pa qué has comprado esa pistola.

PACO.—Pa defenderme.

PAULA.—¿De quién?

PACO.—¿Vas a hacerme cantar?

PAULA.—Responde.

PACO.—Tú no sabes que hay cosas que me da lacha decirte?

PAULA.—Habla.

PACO.—¿Tú no ves que como yo no sé oficio, tengo que buscármelas como pueda?

PAULA.—¿Qué vas a decir?

PACO.—¿Es que vas a suponerme que doy atracos? Lo tengo a menos.

PAULA.—Camino vas.

PACO.—Criminal no soy.

PAULA.—¿Te falta algo en casa pá que andes en malos pasos?

PACO.—Me falta tó.

PAULA.—¿Paco!

PACO.—Un hombre como yo, gasta. Tiene su presupuesto al mes. Y yo... pá no ser...

gravoso... me las busco con señoritos, y con... vamos, con mujeres que no son como tú. Ahora soy grupié de una timba perrera, y como allí la alternancia es ná más que regular, me he mercao una pistola con veinticinco cláusulas. Pero no es más que pá el ornato de la persona... pá que no se metan con uno. Por lo demás, tan honrao es el oficio de grupié en una timba perrera como en un casino de señoritos, que to es uno y lo mismo. La cuestión es, ganar pá el piri.

PAULA (Mirándole de hito en hito).—Pues lo que es hoy vas a darme esa pistola.

PACO.—Cuando te pones pesé... (Aprovecha un descuido de la madre y vase corriendo a la calle.)

PAULA (Llamándole).—¡Paco! (Volviendo desalentada.) ¡Qué hijo, señor, qué hijo!

ESCENA II

La señora PAULA y SALVADOR

SALVADOR (Que viene de la calle).—¿Adónde va tan corriendo ese?

PAULA.—No sé... A sus cosas.

SALVADOR.—¿Te ha dao algún disgusto?

PAULA.—No.

SALVADOR.—Me quiso parecer.

PAULA.—Pues no me lo ha dao. Lo que pasa es que estoy siempre temblando que tenga una bronca, como decís los hombres... y que se busque una perdición.

SALVADOR.—Estáte tranquila. Paco es valiente na más que de boquilla. Es... echáo pá alante, marchoso, madrugón, tira ventajas, como dicen los majos, pero eso no va a ninguna parte cuando llega la hora de la verdad. Cuando un guapo le pisa un pie a un hombre de bien y de vergüenza, el guapo se guarda la herramienta y la bofetá que se haya perdido. Y en el caso de ahora Eusebio es un hombre serio que no se deja sopapear de nadie. Estate tranquila.

PAULA.—Pero, ¿y si le cogiera desprevenido?

SALVADOR.—¿A quién?

PAULA.—A Eusebio.

SALVADOR.—Como te digo una cosa te digo otra. Mi hermano no ha llegao tan bajo como pa ser criminal ni traicionero. Eso sí que no.

PAULA.—No sabes el consuelo que me dan tus palabras. Es un chico mal criado.

SALVADOR.—Eso mal criado.

ESCENA III

DICHOS y AMALIA con PEPEITO, un niño de cinco años.

AMALIA (Por el foro).—Buenos días, señora Paula.

PAULA (Un poco alarmada).—¿Usted por aquí?

AMALIA (Azorada, inquieta, mirando a todos partes).—Sí, señora, yo.

PAULA.—¿Qué le pasa a usted?

AMALIA.—¿Está Paco?

SALVADOR.—No habrá doblao la esquina.

AMALIA.—¿Me habrá visto?

SALVADOR.—No lo creo.

PAULA.—¿Este es su hermanito de usted?

AMALIA.—Sí, señora.

PAULA.—¿Qué rico! ¿Y cómo se llama?

AMALIA.—No perdamos tiempo. ¿Volverá Paco?

SALVADOR.—Echele usted un galgo. Ese no vuelve hasta mañana.

PAULA.—Está usted azaró. ¿Qué le pasa?

SALVADOR.—Síntese usted.

AMALIA.—Gracias. (*Se sienta.*) Estoy nerviosa porque... ¿no saben ustedes lo que pasó ayer tarde?

PAULA.—¿Adónde?

AMALIA.—En el paseo de Ronda. ¿No ha dicho nada Paco?

SALVADOR.—Nada.

PAULA.—Acabe usted.

AMALIA.—Pues que ayer se dieron un contronazo Paco y Eusebio en el Paseo de Ronda.

PAULA.—Me lo temía.

AMALIA.—Verá usted, Eusebio está trabajando en una obra de la Prospe, y yo fui a esperarlo a la salida del trabajo. Veníamos hablando mano a mano, cuando, de pronto, nos tropezamos con Paco. Lo mismo fué verlo venir que darme el corazón un vuelco, porque Paco traía la cara muy larga. Eusebio se quedó mirándolo muy fijo, porque era ya casi de noche y no se veía alma viviente en un paseo tan grande. Paco pasó rozando con él, y sin mediar palabra le dió un empujón muy fuerte, que, de rechazo, a poco me tira. Eusebio, encorajinado, se revolvió, y con las mismas le dió un puñetazo a Paco. Y mire usted qué cosa más grande, señora. Yo me quedé talmente privá, sin habla pa pedir socorro, y ellos enzarzados a puntapiés y mordiscos, que parecía que iban a matarse y sin chistar siquiera, que era lo que más me imponía, que parece que el odio es menos cuando se desahoga con voces; pero ellos, ¡que si quieren!, venga estrujarse y apelonarse en la cuneta como dos perros rabiosos, hasta que, por fin, vi levantarse a Eusebio y venir pa mí, y vi también levantarse a Paco y apretar a correr hacia la plaza de Manuel Becerra. Y lo que me espanta, señora Paula, lo que me tiene que no vivo, señor Salvador, es que Eusebio se arrimó a mí, y enseñándome una navaja abierta, que tengo la seguridad que era de Paco, va y me dice: "Mira, de buena me he librado." A to esto vi a lo lejos montar a Paco en el tranvía de las Ventas. Y to pasó en menos tiempo del que he tardao en contarlo.

PAULA (*Afectadísima*).—Si lo estoy diciendo. Si lo estoy diciendo.

SALVADOR.—¡Madre!

AMALIA.—Señora.

PAULA.—Si no puede ser. Si cuando los hombres crían mala sangre hay que ponerles amarras.

SALVADOR.—Estás innata, madre.

AMALIA.—Cálmese usted, señora, que si nos hacemos un mar de confusiones no evitaremos na, y yo he venfo a eso, a evitar. Yo tengo bien sabio que su hijo de usted Salvador, aquí presente, es todo un caballero; que usted es una buena madre, si las hay, que entre los dos le quitarán a Paco los arrestos... ¿a que sí? Por eso he venfo... pa pedirles por Dios y por los santos que eviten por su parte lo que puedan.

SALVADOR.—Vamos a ver, Amalia. No te asustes, madre. Vamos a ver Amalia. ¿Tiene usted la seguridad de que el cuchillo era de Paco?

AMALIA.—De Paco.

PAULA.—¡Si es para volverse loca, Dios mío!

AMALIA.—Lo que hay que evitar es que Paco y Eusebio vuelvan a encontrarse. Yo respondo de Eusebio.

SALVADOR.—¿Cómo?

AMALIA.—Lo tengo conquistao pa que se vaya el día de hoy a Pozuelo a casa de unos parientes. Ya se ha ido.

PAULA.—No basta.

AMALIA.—Ya lo sé. Pero si ustedes consiguen retener a Paco en casa dos o tres días estamos salvao, que en ese tiempo se le pasará el arrechucho. La cuestión es evitar.

SALVADOR.—Yo creo que vamos muy lejos con los temores. Conozco a Paco y me parece que, después de lo de ayer tarde, se guardará muy mucho de buscar al otro...

PAULA.—¡Me da rabia oírte!

SALVADOR.—¡Madre!

PAULA.—Tú que conoces, y que conoces a tu hermano, y el corazón no te avisa de na. Lo que hay que hacer es sentir... y lo que yo siento es un ahogo en el pecho que ni respirar me deja... ¡Y es el mico a una desgracia!

AMALIA.—Digo lo mismo; que no pude pegar el ojo en toda la noche pensando na más que en levantarme pa venir a prevenirles a ustedes.

SALVADOR.—Pero, madre ¿tú has notao algo en Paco?

AMALIA.—¿Ha notao usted algo?

PAULA.—Na. (*Como si recordara de pronto y una visión sangrienta se le presentara.*) ¡Hijo!

SALVADOR.—¡Madre!

AMALIA.—¿Que si he notao! ¿Que si he notao!...

SALVADOR (*A Amalia*).—Atienda usted a esa criatura.

AMALIA (*Besando al niño*).—No te asustes, mi vida.

PAULA.—Hay que dar parte.

AMALIA.—Eso es lo mejor.

SALVADOR.—¿Pero parte de qué? No perdamos la cabeza, madre.

PAULA.—Parte de to. (*A Amalia*). ¿Está usted segura de que Eusebio no está en Madrid el día de hoy?

AMALIA.—Segura.

PAULA.—Pues váyase usted a su casa y métese usted allí en siete estaos debajo de tierra.

AMALIA.—Señora!

PAULA.—Tú, Salvador, no te muevas de aquí por ná del mundo.

SALVADOR.—Pero, ¿quieres decirme?

PAULA.—Que no salgas de aquí...

SALVADOR.—¿Para qué?

PAULA.—Para sujetar a Paco entre los dos en cuanto venga. Para evitar... *(Casi a gritos.)* ¡Para evitar!... ¡No oyes a la Amalia?

AMALIA *(Llevando al niño de la mano.)*—Adiós, señora Paula.

PAULA.—Que Dios vaya con usted, hija mía. Y que la perdone...

AMALIA.—¿Por qué?

PAULA.—Por habernos traído la negra con su bella cara... *(Con reproche.)*

SALVADOR.—¡Madre!

AMALIA.—Diga usted que nos perdone a tos, señora, y estará usted en lo cierto... *(Vase con el chico.)*

ESCENA IV

SALVADOR, la señora PAULA; luego EUDOXIA, dentro.

SALVADOR.—Pero, ¿quieres decirme qué es lo que te callas?

PAULA.—Que tu hermano Paco se ha mercao una pistola... que la tiene en un bolsillo... Y no es esto lo malo. Lo más malo es lo que lleva atravesao en los ojos... ¿A quién habrá salfo este hijo?... ¿A quién?

SALVADOR.—No te asustes tanto. ¿Tú no sabes que Paco lleva siempre armas?

PAULA.—Pues hay que quitárselas...

SALVADOR.—En cuanto venga, madre.

PAULA.—¿Y las intenciones? ¿Quién le quita las intenciones a ese hijo?

EUDOXIA *(Dentro, a gritos.)*—Porteraaaa...

SALVADOR.—¿Oyes?

EUDOXIA.—Porteraaaa...

SALVADOR *(Asomándose a la ventana que da al patio.)*—¿Quién llama?

EUDOXIA.—La Udosis.

SALVADOR.—¿Qué quiere?

EUDOXIA.—Dice mi señorita que suba corriendo la señora Paula.

SALVADOR.—Va *(Quitándose de la ventana.)* Te llaman del tercero, madre.

PAULA.—¡Me llaman... me llaman!... Suba usted, baje usted, trajine usted, que es usted la portera! ¡Haga usted esto, lo otro, vaya usted perdiendo los talones escaleras arriba con una espina clavada en el corazón!... ¡Portera... portera...! *(Vase.)*

ESCENA V

SALVADOR, a poca DON ANTONIO.

SALVADOR *(Viendo subir a su madre.)*—¡Pobre mía! No puede ser, no... Esta noche ajustaremos cuentas, Paco... *(Ligera pausa.)* Y que me han metido en cuidado a mí también... Suerte que ese hombre se haya ido...

DON ANTONIO *(Que viene de la calle.)*—¿Hablando solo?

SALVADOR.—¡Don Antonio!

DON ANTONIO.—Salvadorillo, ¿qué es eso? En mi tierra los que hablan solos son los locos y los poetas.

SALVADOR.—Y también los que tienen preocupaciones...

DON ANTONIO.—¿Entonces no estás mochalas ni haces coplas?

SALVADOR.—No, señor.

DON ANTONIO.—Pues dime qué te pasa.

SALVADOR.—Cosas de mi hermanito. Viene usted que ni pintao pa tranquilizar a mi madre.

DON ANTONIO.—¿Qué es ello?

SALVADOR.—Que Paco anda a los alcances de Eusebio porque le ha quitao la novia. Y como va con armas en los bolsillos, mi madre está que no vive temiendo una desgracia.

DON ANTONIO.—Ese Paco es una bala perdida.

SALVADOR.—Sí, señor; y yo quisiera que luego viniese usted para amonestar a Paco y pa ver si entre todos conseguimos tenerle a raya. Sobre todo por el sosiego de mi pobre madre.

DON ANTONIO.—Descuida, hombre. Ya verás cómo dejo a Paco lo mismo que un guante. Por supuesto que puede que tenga razón en eso de la Amalia. ¡Hay cada hija de su madre!...

SALVADOR.—Calle usted.

DON ANTONIO.—Lo digo por experiencia profesional. Es mucha tierra esta, Salvador. La sangre nos hierve. Luego el sexo antagonista se las trae. Se ponen tantas las señoras, y hasta que no se llevan lo suyo no están contentas, y lo suyo puede ser un trastazo, que donde se acaban las razones, entran los golpes. Vamos a ver: si Amalia sabía que Paco era un perdido, ¿por qué le hizo caso?

SALVADOR *(Grave.)*—Dejemos esta cuestión.

DON ANTONIO.—Si te desagrada, bueno. Y vamos a otra cosa. Sabrás que he conseguido lo que querías.

SALVADOR *(Muy contento.)*—¡Don Antonio!

DON ANTONIO.—Sí, hombre. Fui al estudio de don Mariano; estuve hablando con él, y está dispuesto a que vayas a modelar allí los domingos y los ratos perdidos, ¿qué te parece?

SALVADOR.—Que me da usted un alegrón como pa volverme loco.

DON ANTONIO.—Serás escultor, ¿eh?

SALVADOR.—Es mi ambición más grande.

DON ANTONIO.—Mala cosa, Salvador, mala cosa. En este país hay que ser político o torero. Los términos medios no van a ninguna parte.

SALVADOR.—Los artistas triunfan, don Antonio.

DON ANTONIO.—¡Atiza!

SALVADOR.—Y el hombre honrao triunfa también.

DON ANTONIO.—¡Sopla!

SALVADOR.—¿Cree usted que no?

DON ANTONIO.—No sueñes, hombre. Vives

en un país donde cada quisque va a lo suyo, como suele decirse. Empezando por tus compañeros de oficio, eres un primo para ellos si estudias; un panoli si trabajas. El ideal de la gente de tu clase está en un traje de luces.

SALVADOR.—Entonces está muerto el ideal.

DON ANTONIO.—El de la gente de carrera está en meter mano con toda la cuquería posible en el presupuesto. Por eso se le llama fresco a un político avisado, y vivo a un yerno advenedizo. ¿Y qué más, hombre? ¿Sabes tú cómo llamamos por aquí a la resultante del sacrificio de todos, a los presupuestos del Estado, a aquello que en ley de verdad exige patriotismo, abnegación para tocarlo? Pues lo llamamos turrón. Yo creo que es el único país del mundo donde se llama de ese modo a una cosa tan seria.

SALVADOR.—Verdad.

DON ANTONIO.—Y al que estudia de buena fe y lo discute se le llama latero. Y ese matonismo que tú echas en cara a tu hermano existe en todas las clases sociales. Aquí hay mucha gente que vive, no de su trabajo, sino de la cobardía y de la torpeza de los más. Chulería, matonismo, taurofilia, caciquismo. Todos son parientes cercanos. Y a ver qué hace uno, ¿ser un vivo o ser un primo? Pues seguir la corriente para no morir de hambre. Y yo te aconsejo por tu bien, que tengas, antes que merecimientos, la influencia de los pájaros gordos; que para obtener una primera medalla uses de una cuquería corrosiva, que tengas pupila y que madrugues. Ya ves, yo sé hasta de carteras que se han obtenido por el matonismo.

SALVADOR.—Será con un atraco.

DON ANTONIO.—No hablo de carteristas, hombre. Hablo de Jijona.

SALVADOR.—Me parece a mí que no siente usté lo que dice.

DON ANTONIO.—¿Cómo que no? Soy uno de tantos y no quiero ni puedo descomponer el cuadro. Y vaya otro consejo que tú seguirás porque sabes que te aprecio. No tengas a tu hermano en tan poco porque haya resuelto vivir sin trabajar. Quizá acierte él y tú te equivoques. Ya ves, en el presente momento histórico yo necesito de la influencia de tu hermano, porque en las próximas elecciones soy candidato, y Paco es un águila caudal para que pueda prevalecer a mi favor la voluntad del pueblo. Compárate. Tú necesitas de mí, y yo necesito de él.

SALVADOR.—¿Qué atrocidad!

DON ANTONIO.—¿Cómo atrocidad? ¿Tú no dices que yo soy la persona más influyente que conoces?

SALVADOR.—Sí, señor.

DON ANTONIO.—¿Y por quién has conocido a esa persona influyente? ¿Por ti o por tu hermano?

SALVADOR.—Por Paco.

DON ANTONIO.—Pues chanfli, como dicen en Sevilla.

ESCENA VI

DICHOS y grupos de vecinos y chiquillos en la puerta de la calle. Luego EUDOXIA, que baja la escalera. Más tarde la señora PAULA. Oyesse dentro, en dirección de la calle, rumor confuso de multitud de vecinas y de chiquillos, disputas y comentarios acalorados. Un corrillo aparece ante el portal; del grupo parten voces, que dicen:

“No vaya usté, señora Faustina”. “¿Qué pasa?” “Yo lo he visto”. “¿Quién es?” “No dejan acercarse”. “Vente tú, Manolo”. (Oyense también voces de vecinas que llaman a sus crios con gritos destemplados. Advínase, en fin, que hay emoción en la calle.)

SALVADOR.—¿Qué pasa?

EUDOXIA (En el patio).—¡Porteraaaa!...

DON ANTONIO.—Algún atropello.

EUDOXIA (Que baja la escalera y corre a la calle).—¿En dónde fué?

DON ANTONIO.—Yo voy a ver lo que pasa. (Vase Don Antonio precipitadamente.)

SALVADOR.—Pero, ¿qué ocurre?

UNA VOZ (En la calle).—Una muerte.

SALVADOR.—¡Una muerte! (Baja jadeante la señora Paula.)

ESCENA VII

SALVADOR. La señora PAULA; siguen los corrillos en la calle.

PAULA.—¡Salvador! ¡Salvador!

SALVADOR.—¡Madre! ¿Qué tienes?

VOCES (En los corrillos de fuera).—¡Allí va la justicia!

OTRAS VOCES.—¡Vamos! (Van disolviéndose los corrillos de la calle y alejándose los murmullos.)

PAULA.—¿No oyes? ¡Un asesinato en la calle!

SALVADOR (Involuntariamente, con un grito).—¡Paco!

PAULA.—¿Has pensado lo mismo!

SALVADOR.—No es posible, Paco, no.

PAULA.—¿Hijo de mi alma!

SALVADOR.—Paco, no; tranquilízate, madre. Es muy duro pensarlo.

PAULA.—Me vuelvo loca.

SALVADOR.—Será vicioso, pero no asesino. No lo pienses, madre.

PAULA (Tomando nerviosamente el mantón).—Yo voy a ver lo que ha sido.

SALVADOR (Interponiéndose).—No.

PAULA.—¿Lo ves? Tú temes como yo.

SALVADOR.—¡Cálmate, madre!

PAULA.—¡Calmarme!...

SALVADOR.—¡Por Dios santo, no salgas!

PAULA.—¡Déjame salir!...

SALVADOR.—Que no te vean esa cara...

PAULA.—¡Déjame salir!...

SALVADOR.—Estáte quieta, que yo iré.

PAULA (*Soltando el manión.*)—¡Corre!

SALVADOR.—Voy a enterarme, pero estáte quieta. (*Vase Salvador corriendo.*)

ESCENA VIII

PAULA. — ¡Madre mía! ¡Madre mía!...
¡Que venga pronto, que venga pronto!...
(*Musita una oración entre dientes. Larga pausa. Tiemblan sus piernas. Apóyase en la camilla. De pronto, vuélvese alterada. Es Paco, que asoma por el foro, tranquilo, al parecer, casi contento.*)

ESCENA IX

La SEÑORA PAULA, PACO

PAULA (*Dando un grito y abrazando a su hijo.*)—¡Paco!

PACO (*Sorprendido.*)—¡Madre!

PAULA.—¡Paco de mi alma!

PACO.—¿Qué dices?

PAULA.—¿De dónde vienes?

PACO.—¡No lo estás viendo?

PAULA.—¿De dónde?

PACO.—De la calle.

PAULA (*Como enloquecida.*) — ¿Quién ha sido?

PACO.—Estás nerviosa.

PAULA.—¿Qué has hecho?

PACO.—¡Qué he de hacer!

PAULA.—¡Contesta!

PACO (*Alarmado.*) — Que llamas la atención... ¿Pa qué das voces?

PAULA.—¿Pero tú no has sido?

PACO.—¿Quieres hablar bajo?

PAULA.—No me tengas así...

PACO.—¿Pero qué demonios te ha pasado?

¿Quieres explicarte?

PAULA.—Entonces, ¿no tienes culpa? ¿No eres tú?

PACO.—¿Yo?... ¿Qué?

PAULA.—¡Dios mío!

PACO.—¿Culpa de qué? ¿Pue saberse?

PAULA (*Transición; con cara de intensa alegría.*)—¿De veras?

PACO (*Con mucho aplomo.*) — Pero ¿qué cuento te han contao?

PAULA.—¿Qué alegría tan grande!

PACO.—¿Por qué?

PAULA.—¿No sabes ná, ná?... ¿No has hecho ná, ná?

PACO.—¿No me ves la cara?

PAULA (*Abrazándole y cubriéndole de besos; llorando y riendo.*)—¡Hijo de mi alma!

¡Hijo! ¡Hijo mío!

PACO (*Dejándose acariciar.*) — Vaya usted atando cabos. ¿Cualquiera sabe lo que te pasa!

PAULA.—Me pasa... me pasa que me parece que acabo de tenerte en las entrañas... que acabas de nacer ahora mismo... ¡Que sales de un peligro muy grande! ¡Antes muerta,

Dios mío, antes muerta que verte manchado pa siempre!

PACO.—¿Qué cosas tienen las madres!... ¿Y yo qué he hecho?

PAULA.—Perdóname.

PACO (*Ofreciéndola un vaso con agua.*)—Vaya, toma un poco de agua. (*Paula bebe. Como está todavía temblona, suena el cristal al chocar con la dentadura.*)

PACO.—¿Cómo te castañetean los dientes! ¿Quisiera yo saber quién te ha asustao!

PAULA.—Esa muerte que han hecho en la calle...

PACO.—¿Y te creíste que era yo?

PAULA.—Sí...

PACO.—Mal pensá... mas que mal pensá. ¿Estás ya más tranquila?

PAULA.—Sí.

PACO.—Yo también he visto a la gente arremolinarse. Es un homicidio, pero como no soy curioso, pasé de largo.

PAULA.—¿Y quién es?

PACO.—¿El que mató?

PAULA.—Sí.

PACO.—No ha podido saberse. No lo han visto siquiera... Se hizo tan pronto... Y como ya te he dicho que no soy curioso... (*Cambiando de tono.*) Bueno; aquí lo importante es que tú te haigas tranquilizao, que lo demás...

PAULA.—¡Hijo mío! ¡Mírate en ese espejo! ¡Mírate!

PACO.—¿Yo?

PAULA.—¡Figúrate el asesino!... ¡No podrá dormir, que la sangre que se derrama quita el sueño pa siempre!...

PACO.—¡Vaya un susto que te has llevao!

PAULA.—Tú tienes la culpa. Si me hubieras dao aquella pistola...

PACO (*Metiendo la mano en el bolsillo.*)—¿La quieres?

PAULA.—Dámela.

PACO.—Si es por tu tranquilidad y ya que te has llevao el desgusto... (*Sacando el arma y dándosela a su madre.*) Aquí la tienes y pues tirarla lo más lejos que quieras...

PAULA.—Está caliente el cañón.

PACO.—Eso será del bolsillo... como está a raíz de la carne... (*Quitándole la pistola a la madre con movimiento rápido.*) Pero, aguarda, que está cargá todavía. (*Ocultándose hábilmente de la madre, descarga la pistola, guárdase las cápsulas y entrega el arma vacía.*) Toma, y que otra vez ni lo pienses siquiera.

PAULA.—Tíes razón; más lejos va a ir...

PACO.—Lo que es ya...

PAULA.—La Virgen te ha salvao. Reza una salve, Paco.

PACO.—¿Por quién?

PAULA.—Por el muerto... y también por el asesino.

PACO.—Si es tu gusto...

PAULA.—Sí; como rezabas cuando yo te enseñé. Pidiéndole a Dios que fueras bueno.

PACO (*Quitándose el sombrero.*) — Como quieras... (*La señora Paula se arrodilla y reza con fervor una salve. Paco, medio inclinado, reza también. Salvador, que viene hosco y sombrío, ve a su madre rezando y se*

detiene en el dintel de la puerta. Vuelve la vista y al observar la presencia de Paco, le sacude un fuerte estremecimiento. Terminan de rezar.)

ESCENA X

SALVADOR, PACO, la señora PAULA

SALVADOR (A la señora Paula.) — ¿Por quién has rezao?

PACO (Inquieto.) — ¿De dónde vienes?

SALVADOR (Mirándole a los ojos.) — De ver a la muerta.

PAULA. — ¿La muerta?

SALVADOR. — La Amalia, sí... que la mataron en la calle...

PAULA (Con estupor.) — ¿Amalia?... (Salvador afirma con el gesto.) Pero si parece mentira... Si acaba de salir de aquí...

SALVADOR. — Ya no vendrá más.

PACO (Incisivo.) — Podías callártelo.

SALVADOR. — Eso quisiera. Daría mi sangre porque fuera un sueño... (Abrazando a su madre.) Yo tengo ganas de llorar, madre de mi alma. Matar una mujer pobre y buena, con criaturas que viven de su vida, clama los cielos. Se me ha representao que te mataban a ti cuando no podías defendernos...

PACO. — ¿Vas a atormentar a la vieja?

SALVADOR. — ¿Y quién eres tú pa reprenderme?

PAULA. — Paco no tiene culpa. ¿Lo oyes? El no ha sido...

SALVADOR. (Asombrado.) — ¿Quién te lo ha dicho?

PAULA. — El. (Paula y Salvador miran a Paco.)

PACO (Taimado.) — Yo no tengo na que ver con esa muerte. (Pausa.)

SALVADOR. — ¿Por qué bajas la vista?

PAULA (Alarmada de nuevo.) — ¡Levanta la frente, hijo!

PACO (Arrostrando las miradas.) — ¡Ea! ¿Qué hay?

SALVADOR (Acercándose a su hermano, en voz baja y mordiente.) — ¡Mírate por dentro!... ¿No te dice na la conciencia? ¿No te acusa de na?...

PACO (Descarado.) — ¿De qué?

SALVADOR (Sin poder contenerse.) — ¡De cobarde!

PACO (Ahogando un rugido.) — ¿Eh?...

SALVADOR. — ¡De cobarde... por matar una mujer!

PACO (Altanero.) — ¡No tanto!... ¡No tanto!

SALVADOR (A su madre.) — ¿Lo ves?

PACO. — A mí dos veces no se me dice cobarde. Yo seré como sea vicioso, vago, lo que quieras; pero cobarde, no... Lo tengo a me-

nos.

SALVADOR. — ¡Ya!

PACO. — Tengo mucho pundonor de hombre.

SALVADOR. — ¡Ya!

PACO. — ¡Por eso la he matao!

PAULA. — ¡Jesús!

SALVADOR. — ¿Confiesas?

PACO. — Sí; pero nadie me ha visto.

PAULA. — ¡Virgen!

PACO. — Pedí con buenos modos y me contestaron con mala sangre... y como el querer de una persona, cuando no se da por las buenas, hay que tomarlo por las malas, me impuse como era natural.

SALVADOR. — ¡Valiente!

PACO. — ¡Hombre! ¡Na más que hombre!

SALVADOR. — ¡Ya!

PACO. — Una mala palabra suya la mató por mi mano. Ella tuvo la culpa, que no yo.

PAULA (Trémula.) — ¿Y dices que no la han visto?

PACO. — Nadie.

SALVADOR (Rápidamente.) — Te equivocás.

PACO (Alarmado de verdad por primera vez.) — ¿Eh?...

PAULA (Espantada.) — ¿Saben que es Paco?

SALVADOR. — Lo sospechan.

PAULA. — ¿Vendrán por él?... ¿Vendrá la Justicia? (Aterrada y vacilante cae en brazos de Salvador.)

PACO (Agresivo.) — ¿Ves lo que has hecho con la madre? ¡Si no fuera por ella!

SALVADOR. — ¿Me matarías también? (Los dos hombres se miran torvos, desesperados.)

PAULA (Reaccionando.) — ¡Hijos!

SALVADOR. — ¿Serías Cain por ser valiente? (Paula abraza a Paco como conteniéndole.)

No te acerques, madre.

PAULA. — ¿Pues no me he de acercar, si es hijo mío?

PACO (Conmovido a pesar suyo.) — Esta es mi madre, esta...

PAULA. — Perdona a tu hermano, Salvador. Quiérela por desgracia, como yo lo quiero...

SALVADOR. — Por ti lo quiero y lo perdono...

PAULA. — Al mismo Cain que has dicho, Dios fué quien le castigó; no su hermano, no su madre, que pa eso lo tuvo en las entrañas. (Pausa. Oyese de pronto rumor de corrillos que de nuevo se juntan en el portal.)

PAULA. — ¡Ya están ahí!

PACO ¡Cierra! (Entre Paula y Salvador cierran precipitadamente la puerta, quedando oculto al espectador el zaguán y el forllo de calle. Pausa, los rumores de voces se amortiguan y se van alejando poco a poco.)

PACO (Respirando fuerte.) — Se van...

PAULA. — ¡Jesús me valga!

PACO (A Salvador.) — ¿Dices que me vieron?

SALVADOR. — Sospechan.

PACO. — ¿Vendrán a buscarme?

SALVADOR. — ¿No han de venir?

PACO. — Pues no me cogerán. Me voy...

PAULA (Que de una vieja cómoda acaba de sacar un bolso raído.) — Espera.

PACO. — Madre...

PAULA (En tanto que intenta abrir el bolso, y no atina por la emoción y el aturdimiento.) — Espera. ¡Qué torpe estoy!... ¡No acier-

to! (Dándole unos duros y billetes de Banco.)

¡Toma, hijo mío! ¡Que yo te vea libre!

¡Vete!

PACO. — ¿Qué me das?

PAULA. — Lo que había en casa...

PACO. — ¿Tus ahorros?...

PAULA. — ¡Sí... escóndelos (Llaman a la

puerta con los nudillos. Quédanse los tres paralizados de inquietud y expectación.)

SALVADOR.—Ya están ahí... (A Paco, que guardaba el dinero con asoramiento, se le caen unos duros, que sueñan al rodar por el suelo.)

PAULA (Estremeciéndose).—¡Calla!

SALVADOR.—¡Huye! (Paco ha recogido torpemente el dinero y se dispone a saltar por la ventana del patio. Vuelven a llamar.)

DON ANTONIO (Dentro).—Abra usted, Paula.

PACO.—¡Don Antonio!

DON ANTONIO.—Soy yo. (Abre la puerta Salvador y entra Don Antonio. Todos le rodean.)

ESCENA XI

DICHOS y DON ANTONIO.

PACO.—¿Sabe usted lo que pasa?

DON ANTONIO.—Lo sé; vengo de la casa de socorro.

PAULA.—Pero ¿vive?

DON ANTONIO.—¿Qué ha de vivir?

PACO.—¿Sospechan de mí?

DON ANTONIO.—No tardarán en buscarte.

PAULA.—Sálvenos usted, don Antonio.

DON ANTONIO.—A eso vengo. Hay que ganar tiempo y quiero preveniros.

PAULA.—Gracias... gracias...

DON ANTONIO.—El abogado en estos casos es como el médico. Hay que hacer lo que yo diga.

PACO.—Mande usted.

DON ANTONIO (A Paco).—¿Por qué mate a la Amalia?

PACO.—Porque la quería...

DON ANTONIO.—Esa es una contestación que casi te salva. Ya no eres un delincuente.

PACO.—¿Pues qué soy?

DON ANTONIO.—Un pasional. Escúchame: ¿tú la querías mucho?

PACO.—Ya ve usted si la quería que la he matado...

DON ANTONIO (Interrumpiendo).—A fuerza de quererla. Estamos en la tierra del amor y los celos, y por celos y por amor se mata y se muere. Muy bien. Hay algo en eso de tradición calderoniana. "A secreto agravio, secreta venganza", "El médico de su honra", etcétera, etc.... ¿Y qué intentabas hacer cuando yo he llegado?

PACO.—Escáparme.

DON ANTONIO.—¡Vaya una locura!

PACO.—Dígame usted lo que hago.

DON ANTONIO.—¿Cómo fueron los hechos?

PACO.—Amalia se burlaba de mí con Eu-

sebio.

DON ANTONIO.—¿Te desesperaste?

PACO.—Mucho.

DON ANTONIO.—¿La buscaste?

PACO.—La aceché.

DON ANTONIO.—¿La rogaste que volviera a tu cariño?

PACO.—Sobre to que dejara al otro.

DON ANTONIO.—¿Y ella?

PACO.—Me despreció.

DON ANTONIO.—¿Tú, entonces?

PACO.—Me empujé en que había de quererme por su voluntad, pero a la fuerza.

DON ANTONIO.—¿Y por qué?

PACO.—Porque su cariño era mío y no de nadie.

DON ANTONIO.—No digas eso.

PACO.—Dígame usted lo que hago y lo que digo.

DON ANTONIO.—Lo que has de hacer es presentarte noblemente a la justicia.

PACO.—Sí, señor.

DON ANTONIO.—Y decir que la pasión de los celos te arrebató... que no supiste lo que hacías, que estabas desesperado, que te encontraste con ella casualmente... que la rogaste, que la lloraste, que ella hizo mofa de tu cariño... que te insultó, que tú entonces perdiste la esperanza, y que, ciego, frenético, la razón perdida, no recuerdas cómo ni de qué manera la heriste.

PACO.—Como usted me dice lo haré.

DON ANTONIO.—Llorarás mucho, te desesperarás, dirás a gritos que no quieres sobrevivir a la muerte de tu Amalia. Todo esto, bien adobado en las columnas de la Prensa, provocará a tu favor hasta las simpatías de los hombres, que las mujeres se interesarán románticamente por ti, y habrá alguna que hasta envidiará a la Amalia.

PACO.—Me vuelve usted el alma al cuerpo; ¿cuándo quiere usted que vaya al Juzgado?

DON ANTONIO.—Ahora mismo.

PACO.—Pues entonces, adiós.

DON ANTONIO.—Buena suerte.

PACO.—Adiós, madre. (Besa a Paula y vase.)

ESCENA XII

DON ANTONIO, SALVADOR, la señora PAULA.

PAULA.—Don Antonio, yo no sé si será bueno o será malo lo que usted hace, pero salva usted a mi hijo...

DON ANTONIO.—Esto es un crimen pasional y casi no pasa día sin que haya uno. Con ellos se podría establecer una estadística de mortalidad por el estilo del tifus exantemático o las viruelas. Como el mal es endémico, carece de importancia, y si no fuera por la víctima, diría que es una puerilidad preocuparse por tan poca cosa. Paco está en la calle tan pronto como pase el proceso a conocimiento del Jurado. Si fuera por robo sería otro cantar: el sentimiento de la propiedad es inatacable y al ladrón lo condenan a rajatabla por haber herido la fibra más sensible, que es el bolsillo. Los atentados a la vida humana son—por suerte de Paco—cosa distinta. Es más, si hubiera herido solamente a su víctima le condenarían de seguro, porque no se podrían probar ciertas cosas, pero como ha tenido el acierto de matarla definitivamente, ya puede usted contar desde ahora con la libertad de su hijo, y lo que es más, con su rehabilitación.

PAULA.—¿Lo defenderá usted, don Antonio?

DON ANTONIO.—Pues no faltaba más. Tengo yo para estos casos un arsenal de latiguillos que no hay Jurado que se resista, y si no fuera así, con seis jueces populares que sean nuestros, nos basta. Y a seis los ganamos; a unos por el terror, a otros por argumentos más sugestivos.

SALVADOR (*Que escucha atónito y que no puede contenerse.*) — ¡Don Antonio, por su madre de usted!

DON ANTONIO.—¿Qué dices, hombre?

SALVADOR.—¡Que soy honrao, y no puedo más, señor; que mi conciencia salta y se rebela!...

DON ANTONIO.—¿Por qué?

SALVADOR.—Porque el mundo que usted pinta es como pa no vivir en él. Yo quiero el bien para mi madre; yo quiero el bien para los míos; pero yo no quiero ningún bien que no se funde en la moral. Ya veo que el crimen de mi hermano no es él solo a cometerlo. Es cómplice usted, somos cómplices nosotros, son cómplices los jueces, es cómplice el pueblo. Y si como soy hermano del asesino fuera hermano de la muerta y su sangre me llegara a lo vivo, saldría por esas calles diciendo a gritos que esto era un crimen de todos, un crimen de todos...

PAULA (*Repreñiéndole.*) — ¡Salvador! (*A don Antonio, temerosa de que se haya ofendido.*) No se enfade usted con él, que no sabe lo que se dice...

SALVADOR.—¡Pobre madre!... ¡Santa egoísta de mi alma! Estate tranquila, que Paco no se perjudicará por mi culpa. (*A don Antonio.*) ¿Verdad que me dispensa usted?

DON ANTONIO.—¿De qué?

SALVADOR.—Del pronto que he tenido... Pero me ahogaba de pena pensando en la

Amalia, pensando que por culpa de uno de los míos quedan unos niños sin amparo... (*A Paula, con ternura.*) Sintiendo de este modo quizá te honre más que alegrándome, porque la justicia duerma siquiera sea para no castigar a un hermano...

PAULA (*Resentida.*) — ¿Qué dejarás al fiscal, hijo mío, cuando acusas tú?

DON ANTONIO.—Déjele usted estar, señora Paula, que no hay cosa peor que un obrerito con puntas y ribetes de sabihondo.

SALVADOR.—Tiene usted razón, que la poca luz por poca que sea, hace abrir los ojos.

PAULA.—¿Condenas a tu hermano?

SALVADOR.—No lo preguntes, madre...

PAULA.—¿No tienes caridad?

DON ANTONIO.—Déjele usted, Paula. Que si su hijo tiene razón, es seguro que no tiene caridad, y si tiene caridad, es lo más probable que no tenga razón. Dejemos las cosas como están, que lo principal es que Paco salga bien y usted quede tranquila...

PAULA.—¿Qué bueno es usted!

DON ANTONIO.—¡Cómplice, nada más!

PAULA.—¡Dios lo ha traído a esta casa!

DON ANTONIO.—Eso es harina de otro costal. No hagamos a Dios también, como dice Salvador, cómplice de estas miserias. Estas son cosas corrientes y naturales en la vida del pueblo español. Aquí lo esencial es que esté usted tranquila. (*A Salvador.*) Y que tú también lo estés, puritano. ¡A vivir qué demonio! (*A Paula.*) Piense usted para su alegría en que Paco estará dentro de muy poco en libertad provisional. Lo necesito para el día de las elecciones.

TELÓN RAPIDO

ACTO TERCERO

La escena representa el interior del café de las Salesas. La puerta de la calle al fondo. El mostrador a la izquierda. Divanes, mesas, sillas, etc. Enfrente de la puerta de entrada, y apoyado en una columna, está el puesto de cerillas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PEPE, el cerillero y CRISANTO, el camarero departan al tado del cajón de las cerillas.

PEPE.—¿Qué haces, Crisanto?

CRISANTO.—Filosofar.

PEPE.—¿Y qué es eso, hombre?

CRISANTO.—No hacer nada.

PEPE.—Pues es una ocupación.

CRISANTO.—Y que lo digas. Tan y mientras filosofas no haces nada con el cuerpo.

pero la sesera trabaja porque está llena de cédulas fosfóricas.

PEPE.—Entonces, el cerebro viene a ser algo así como una caja de cerillas.

CRISANTO.—Mismamente considerao algo así, con la diferencia de que las cerillas no dan luz más que cuando las rascan; en cambio, las cédulas nerviosas se rascan unas con otras y dan la luz de la inteligencia.

PEPE.—¿Sabes que eres un périto en astronomía?

CRISANTO.—En anatomía comparada, que rrás decir.

PEPE.—Me atolondras y me incapacitas con lo instruo que eres. Sabes una porción de cosas, Crisanto.

CRISANTO.—Amigo Pepe, hay gobernadores de provincia que son más burros que yo;

pero hoy las carreras están tan malamente, que tiene uno que agarrarse a la bayeta.

PEPE.—Bueno, ¿y con qué se come eso de filosofar?

CRISANTO.—Con experiencia de la vida y ganas de fisgar en los arcanos.

PEPE.—¿En los qué?

CRISANTO.—En los misterios de la creación.

PEPE.—Tú has bebido, Crisanto.

CRISANTO.—Eres vulgo. Pepe, y como aunque parezca mentira, eres también un cerrillero sin luces, me inhibo de tu apreciación alcohólica y renuncio a desasnarte.

PEPE.—Hombre, no, dispensa. La cuestión es pasar el rato.

CRISANTO.—¿Puedo seguir mi disertación u qué?

PEPE.—Puede seguir su señoría; pero con libertad de crítica por mi parte, lo mismo pa pedir el premio Nobel, si me gusta, que las mulillas, si no me gusta, que yo antes que nada soy un ciudadano individual.

CRISANTO.—Bueno, a lo que llamamos. Yo estaba diciendo que filosofar es considerar la vida.

PEPE.—¿Y qué consideras aquí?

CRISANTO.—Un prisma.

PEPE.—¿Cual?

CRISANTO.—El café.

PEPE.—¡Anda la órdiga! ¿Y qué sacas en limpio en un establecimiento tan chico?

CRISANTO.—Pues tan chico como dices, un café es el fotograbao de la vida. Porque, ¿qué es la vida más que un café restorán muy grande? Unos que comen a dos carrillos y otros que ven comer. Los que vienen de sombrero y los que vienen de gorra, el que tira lo que tiene y el que se aprovecha del que tira. Y en cuanto a símbolos u emblemas tú verás que aquí vienen la política, la curia—las buenas y las malas artes,—el amor, el vicio, lo bonito, lo feo. Hay tertulia en que se paga un refresco a la una de la tarde y te tienen una mesa confiscada hasta la una de la noche: esa es la literatura o la vagancia. Yo represento el trabajo; el mostrador, la propiedad; tú, el comercio; los papeles que llevas, la Prensa; las cajas de cerillas que expendes, el robo, y los espejos del establecimiento que se dan y se reciben las imágenes multiplicadas de todas las monadas que te he dicho, el torbellino de la vida donde nos reflejamos un momento pa no dejar luego rastro de ná.

PEPE.—¿De modo que mis cerillas son el robo?

CRISANTO.—El robo y otra cosa.

PEPE.—¿El qué?

CRISANTO.—Las de diez céntimos son la aristocracia; las de cinco, la clase media; y las de cocina, la clase obrera.

PEPE.—Eso sí que no.

CRISANTO.—¿Por qué?

PEPE.—Porque así resultaría que los que gustan más humos son los proletarios.

ESCENA II

DICHOS y JONIO DE HISPALIS, que viene de la calle. Se sienta en un diván de la derecha y da una palmada. Aproximase CRISANTO.

CRISANTO.—¿Qué va a ser, don Jonio?

JONIO.—Le he dicho a usted que no me llame don Jonio. Yo me llamo don Benito Sánchez, y "Jonio de Hispalis" es mi seudónimo en la Prensa, en el libro y en el teatro. Lo digo porque anoche me llamó usted don Jonio y la beocia habitual en este cenáculo volvió la cara en son de pitorreo.

CRISANTO.—Bueno, don Benito.

JONIO.—Eso está mejor. Don Benito soy para el café, la calle y la patrona. Cuando el seudónimo se haya acreditado y "Jonio de Hispalis" suene, como "Dorio de Gadex" y "Gabriel D'Annunzio", que también son moctes, entonces puede usted llamarme todo lo "Jonio" que le dé la gana. Interin, no.

CRISANTO.—Es que don "Jonio" no se llama tó el mundo. Y como algunas veces me ha llamao usted a mí Ganimedes...

JONIO.—Será la última vez. ¿Ha venido el señor Cuesta?

CRISANTO.—No, señor.

JONIO.—Bueno; pues sírvame café.

CRISANTO.—¿Taza o vaso?

JONIO.—Como siempre.

CRISANTO.—¡Feeeéé!...

JONIO (Antes de colocar sobre la mesa unas cuartillas que saca del bolsillo).—Está la mesa llena de dibujos al lápiz. Pase usted el paño.

CRISANTO (Mientras limpia la mesa).—Quisiera yo saber quién es el sicalítico que ha pintao en la mesa este símbolo tan descarao... Y por si fuera poco, vaya letrerito...: "Vivan los Imperios centrales" y "No más calvos". Quisiera yo saber quién es el gracioso, porque yo—como neutral—soy aliado y además Calvo. Crisanto Calvo, pa servirle.

ESCENA III

DICHOS y la señora PAULA con GREGORIA y PETRA, por la calle.

GREGORIA.—Pero, señora Paula, ¿pa qué llora usted?

PETRA.—También es gana de darle aire al moquero.

GREGORIA.—Si el chico va a salir asuelto.

PAULA.—Sí, ya lo sé. Si tienen ustedes razón. Es que soy muy tonta y no puedo menos de apurarme. (Se sientan ante una mesa de la izquierda.)

JONIO (A Crisanto.) — ¿Quiénes son esas mujeres?

CRISANTO. — La del lao de acá me parece que es la madre del procesado.

JONIO. — ¿De qué procesado?

CRISANTO. — De uno que mató a su novia en la calle de Toledo. Hoy se está viendo la causa en las Salesas y habrán venido aquí para esperar noticias. Fué un crimen muy sonao.

JONIO. — No me gustan los crímenes del vulgo.

CRISANTO. — ¿Pues cuáles le gustan a usted?

JONIO. — Los de las personas decentes.

CRISANTO. — ¿Quiere usted algo más?

JONIO. — Que venga el cerillero. (*Crisanto da un silbido y se traslada a la mesa que ocupan las mujeres.*)

PEPE (*Acercándose.*) — ¿Cerillas?

JONIO. — No; recado de escribir. (*Le sirven café y vuelve el cerillero con una carpeta.*)

CRISANTO (*En el grupo de las mujeres.*) — Ustedes dirán.

GREGORIA. — Yo café con media, que es la hora que es y no me he desayunao tan siquiera.

PETRA. — A mí una copa de anís del mono.

CRISANTO (A Paula.) — ¿Y usted?

PAULA. — Buena estoy yo pa convites... Quisiera que las horas fueran minutos.

PETRA. — No le haga usted caso.

GREGORIA. — Traigala usted un té con azahar y pastas.

PETRA. — Eso está bien pensao.

CRISANTO. — Ustedes perdonen el reportaje; pero me quiere parecer que esta señora es la madre del procesado, ¿no es así?

GREGORIA. — Sí, señor; la señora Paula Benítez. ¿No ha visto usted anoche su retrato en el *Heraldo*?

PETRA. — Está muy parecida.

PAULA. — ¿Queréis callaros? Esto de ir pregonando a los cuatro vientos quién es una me tiene el interior muy negro...

GREGORIA. — Pues es usted una tonta y no hay pa qué abochornarse, porque usted es buena y honrá y sus hijos lo mismo; y eso de salir el retrato de usted en la Prensa no es deshonrable, sino tó lo contrario, que al lado del de usted ha salido la fotografía de una de esas tipples que dan conferencias en el Ateneo sobre la libertad de la enseñanza.

ESCENA IV

DICHOS, RAMIRO por la calle.

RAMIRO (*Aproximándose a la mesa de Benito.*) — Hola, chico.

JONIO. — Aquí tengo el drama. Está terminado.

RAMIRO. — ¿Cómo es?

JONIO. — Pertenece al género poético. Es una rapsodia dieciochesca.

RAMIRO. — ¿Cómo lo titulas?

JONIO. — “El minué de las tres Gracias”.

RAMIRO. — ¿Dónde vas a estrenarlo?

JONIO. — En la Princesa. Me lo recomienda don Jacinto.

RAMIRO. — ¿Me lo vas a leer?

JONIO. — En voz baja: escucha. (*Toma las cuartillas y lee. Cuesta oje y fuma.*)

GREGORIA (A Crisanto, en el grupo donde está la señora Paula.) — Es lo que yo la digo, que está bien tranquila; que esta noche duerme su hijo en su casa.

PETRA. — Cuando el Jurao y tó el mundo está a su favor, no pué ser por menos.

PAULA. — Sí; tó lo que ustedes quieran, pero yo me ahogaba ya en la Audiencia viendo al pobre hijo delante de los jueces, con la cabeza baja y llorando, que se me partía el corazón de verlo. Luego la vergüenza de que todo el mundo la mire a una.

PETRA. — Pues anda; menudas felicitaciones ha recibido usted por adelantao. Como que esos delitos no se pueden castigar, señor. Si son pasionales.

GREGORIA. — Eso; que cuando me quiera un hombre que sea pa matarme si soy mala mujer. Eso mismo. Al que le echaba yo cadena perpetua pa toda la vida es al frescales que esté casao — aunque sea por detrás de la iglesia, — con una mujer decente, y luego se deja atontolar por una gamba, que las hay de aupa, señora Paula. Pero a su hijo de usted, tan guapo, tan enamorado, que mata por fatigas del alma... ¡vamos, hombre!

CRISANTO. — Ese es el sentir del pueblo, y si ustedes han visto funciones de teatro, que es la única extensión universitaria que habrán tenido ustedes, habrán abservao — pongo por caso — que en *La Dolores* mata por celos hasta un aprendiz de cura, que *Juan José* es otro pasional y que hasta en la *Verbena de la Paloma* se repite un porción de veces aquello de:

“También la gente del pueblo
tiene su corazoncito,
y lágrimas en los ojos,
y celos mal reprimos.”

Si está en la masa de la sangre social, señor.

GREGORIA. — ¿Y qué me dice usted del fiscal? (A Crisanto.) ¿Usted no lo ha oído?

PAULA (*Apurada.*) — Cállese usted, Gregoria, que no puedo más...

GREGORIA. — Pero, señora Paula, si aquello no era boca, si era una alcantarilla... ¡Mire usted que momificar las conclusiones! ¡Vamos, que le hubiera dao así con la tarta de luto que llevaba en la cabeza!...

CRISANTO. — ¿Y a qué altura está la vista?

GREGORIA. — ¿Cuál?

CRISANTO. — El juicio oral, digo.

GREGORIA. — En los postres, como quien dice; deliberando el Jurado.

PETRA. — ¡Que va a salir libre, señora Paula!

GREGORIA. — Pero el que le dió pa el flato al fiscalito ese fué el defensor. ¡Vaya unos timos bien buscados pa llegar al alma!... Mire usted qué ojos traigo, que parecen dos pu-

¡Alás en un tomate. Tan conmovía y tan ac-
cidentá me puse que llegué a pensarme que
estaba en el teatro, y mirusté, he puesto tres
moqueros tan mojaos, que no parece sino
que he cogío la gripe, y no es ná de eso, no,
señor; que tengo las narices más secas que
un diecito de mojama; es que hubiera echao
el higadillo por los lagrimales si dura un
minuto más aquella tontería de defensa.

PETRA.—¿Pues y el presidente?

GREGORIA. — ¿Dónde me dejás tú a ese
agresivo?

CRISANTO.—¿Metió la pata?

GREGORIA.—Hasta el cuadril. Mire usted
que decirle al Juro, cuando estaban los hom-
bres conmovíos por la defensa, que la socie-
daz estaba pendiente de su fallo, que esta
casta de crímenes eran fruta del flamenquis-
mo, que la chulería era una plaga de la Na-
ción y otras metáforas pa su abuela... ¡Va-
mos, hombre, que no hay derecho, que el
presidente tiene que ser imparcial y por eso
protestó el público, y el muy tirano mandó
despejar al sala como si fuera pa él solo, que
es lo que yo digo!

PAULA.—Lo que yo digo es que me estoy
muriendo con la espera... ¿Qué será de mi
hijo, Dios mío, qué será?

PETRA (*Bajo a Paula.*)—¿Pero no le ha di-
cho a usted don Antonio que esté tranquila
con el fallo?

PAULA.—Sí, pero hasta que no lo vea, no
pue ser que esté tranquila. No pue ser, no.
Yo salto del asiento, yo no tengo nervios
para estarme quieta.

GREGORIA.—Pero, señora Paula.

PAULA (*Levantándose.*)—Vámonos.

GREGORIA (*Viendo que Crisanto deja el
servicio sobre la mesa.*) — Ahora que nos
traen el servicio...

PAULA.—Sí. (*Asoma por la puerta de la
calle el señor Higinio.*)

GREGORIA.—Ya está aquí el señor Higinio.

PAULA.—¡Virgen de la Paloma!

ESCENA V

DICHOS y el señor HIGINIO, que viene con-
gestionado de alegría; instantes después SAL-
VADOR por la calle; luego el DUEÑO DEL CAFÉ,
por la izquierda.

HIGINIO (*Agitando el sombrero.*)—¡Libre!

PAULA (*Con un grito.*)—¡Hijo de mi alma!

HIGINIO (*Abrazando a la señora Paula.*)—
¡Venga un abrazo!

GREGORIA.—¡Libre, señora Paula! (*Gre-
goria y Petra lloran de alegría.*)

HIGINIO.—¡Viva la justicia popular!

PETRA.—¡Señora Paula!

HIGINIO.—¡Ele por la democracia!

GREGORIA (*A Paula.*)—¿No me oye usted?

SALVADOR (*Entrando rápidamente por la
calle.*)—¡Madre!

HIGINIO (*Notando que Paula está desva-
necida.*)—Ha perdidó el conocimiento...

CRISANTO.—De alegría.

SALVADOR (*Asustado.*)—¡Madre!

HIGINIO.—Traer algo, pa que vuelva en sí.

EL DUEÑO (*Por la izquierda, gruñendo.*)—
Este es un sitio público.

CRISANTO (*Señalando a la izquierda.*) —
Llevarla a aquel rincón.

EL DUEÑO. — Que se junta gente en la
puerta.

SALVADOR. — Madre, madre... (*Se llevan
entre todos a la señora Paula por la izquier-
da. Quedan sólo en escena Jonio de Hispali-
lis, leyendo, y Ramiro Cuesta, escuchando.
El primero, muy abstraído; el segundo, aten-
to a la lectura y a lo que pasa en el café.*)

ESCENA VI

JONIO DE HISPALIS, RAMIRO CUESTA y CRI-
SANTO, que va y viene rápidamente.

JONIO (*Malhumorado.*)—No le dejan a uno
leer...

RAMIRO.—Sigue, sigue.

JONIO (*Leyendo con énfasis.*)—"Princesa:

¡Diréisme, guerrero
que lleva en la espada
el áureo reflejo
de antigua leyenda,
de lejana ofrenda?...
¡Diréisme, trovero
que lleva en la lira
con trinos de Orfeo
las notas perladas
de noches sagradas
que amor no es sutil
caricia de abril?

(Pausa.)

El poeta:

Lejana princesa
de país lejano,
de la blanca toca,
de la fina mano...
Os digo, a mi vez,
que amor es vejez.
Anacreón lo jura,
Platón lo asegura.
La carne envejece,
pero el alma no
—que es eterna el alma—
y confunde amor,
guedejas de plata
con sangre escarlata.

(Otra pausa.)

¿Qué te parece?

Ayuntamiento de Madrid

RAMIRO (*A Crisanto, que acierta a pasar en este momento.*)—Oiga usted, ¿cómo sigue esa pobre señora?

CRISANTO.—Mejor; es alegría lo que tiene. (*Vase.*)

JONIO (*Levantándose y recogiendo sus cuartillas con malos modos.*)—Hombre, tienes cosas de a perro chico. Estar leyendo yo un poema dramático que está bien, que me consta que está bien, creer que estás atento y tú con la atención en otra parte.

RAMIRO.—Naturalmente; entre tu comida, que es literatura, y la realidad, que estaba aquí quemándose los oídos, me interesaba más la realidad.

JONIO (*Disparándose.*) — Yo, cuando leo, estoy dando mi alma entera, y me pongo nervioso cuando me interrumpen con una salida de pie de banco.

RAMIRO.—Pues ya que te incomodas, te diré mi opinión absolutamente sincera. Cuando con un oído escuchaba tus versos alimbarados, ayunos de sinceridad y de emoción, y con otra oreja atendía a un drama real, a un drama que brota espontáneo en un rincón cualquiera sin que lo vean tus ojos, sentía piedad por ti, por tu literatura, por la juventud a que perteneces, que alucinada por una estética decadente, vive tan desintegrada de la vida angustiosa de su patria y de sus problemas candentes como si fuera la juventud de otro planeta. Ya lo sabes.

JONIO.—Tienes un espíritu plebeyo.

RAMIRO.— Bueno; dejemos la cuestión. (*Jonio paga el café a Crisanto y vase. Ramiro sale al poco rato.*)

ESCENA VII

EUSEBIO, que viene de la calle y CRISANTO

EUSEBIO.—Oiga usted, camarero.

CRISANTO.—Pá servirle.

EUSEBIO (*Señalando a la izquierda.*)—Hágame usted el osequio de llamar a aquel hombre, al más joven de los dos, al que está pegado junto a la vieja.

CRISANTO.—Entiendo.

EUSEBIO.—Y dígame usted de mi parte que está aquí un amigo que quiere hablarle reservao.

CRISANTO.—Conforme. (*Medio mutis.*)

EUSEBIO.—Oiga. (*Vuelve Crisanto.*) En el entretanto me trae usted una caña de cerveza, y a él... pues lo que pida.

CRISANTO.—Bueno. (*Vase Crisanto. Pausa. Eusebio se sienta en una mesa del centro.*)

ESCENA VIII

EUSEBIO y SALVADOR, que viene por la izquierda. Crisanto sale oportunamente para servir lo pedido.

SALVADOR.—¿Quién me llama?

EUSEBIO.—Servidor.

SALVADOR.—Usted dirá.

EUSEBIO.—¿No me conoce usted? Yo soy Eusebio: el que fué novio de la Amalia, que en paz descanse.

SALVADOR.—No le he visto más que una vez.

EUSEBIO.—Pues ya son dos. (*Ofreciéndole una silla.*) ¿Quiere usted tomar asiento? (*Dándole tabaco.*) ¿Usted fuma?

SALVADOR.—Gracias. (*Fuman.*)

EUSEBIO.—A usted le chocará que yo lo llame, lo cual que me lo explico, porque, como es natural, usted tiene que estar político con las personas de conciencia que en el asunto de la Amalia han ido a deponer en el proceso en contra de su hermano Paco. (*Crisanto deja la cerveza sobre la mesa.*) ¿Quiere usted tomar algo?

SALVADOR.—Muchas gracias.

EUSEBIO.—Una copa. Lo cortés no quita lo valiente.

SALVADOR.—No, señor; muchas gracias. (*Vase Crisanto.*)

EUSEBIO.—Bueno; pues como le iba diciendo, no tiene que llamarle a usted la atención el esabrado de que yo, enemigo natural de Paco, le pida una conferencia pa cosas reservás, pa cosas de hombre...

SALVADOR.—No lo entiendo a usted.

EUSEBIO.—Deje usted descansar al macho que to se andará. Por la difunta Amalia tengo olvidao que usted es un hombre completo, ¿estamos? Sé yo que tiene usted un corazón que no le cabe en el pecho, y a eso iba, a tocarle a usted en el lao izquierdo, ya que las cosas han venío del modo y manera que han venío... ¿estamos?

SALVADOR.—Sí, señor, y lo que deseo es que usted me diga pronto lo que quiere.

EUSEBIO.—Mire usted: usted sabe que yo iba a contraer matrimonio con la Amalia cuando vino la desgracia... Con la mano sobre el corazón le juro a usted que yo la quería a perecer. Era bonita, honrá, trabajadora, limpia... Era una chieca muy completa, muy completa pa mí... La pobre... Ya sabe usted lo demás, que si hubiera justicia... Pero, en fin, me callo por política, por política na más, amigo Salvador, y usted me entiende. Bueno; pues es el caso que la Amalia ha dejao dos chicos en el mundo, ¿sabusté?

SALVADOR.—Sí, señor.

EUSEBIO.—El día de la desgracia—parecía que el corazón se lo anunciaba—estaba la pobre muy apurada con las amenazas de muerte de Paco, y en un arrechucho que le dió en el cerebro se le representó su sino tan

clavó qu vino a pedirme que si Paco la mataba á la vuelta de una esquina que yo no dejara en el arroyo a sus hermanitos, sino que los mirara como hijos míos.—“Que se te quiten esas cosas de la sesera, mujer.” — “Que no, Eusebio, que ese hombre va a matarnos a tos.” — “Pues júrame por tu madre que si yo falto denantes de casarnos no se quedarán en la calle mis hermanos.” ¿Y yo qué iba a hacer; Póngase usted en mi caso... Lo uno porque yo no creía que Paco se atreviera a semejante barrabasá, lo otro por tranquilizarla—porque ya le digo a usted que la Amalia era una moza muy completa pa mí—, pues fui y le juré lo que quería sin pensar en las vueltas que da el mundo; pero estaba escrito lo que había de suceder, y de la noche a la mañana me vi con dos criaturas en mi casa, como si yo fuera el Padre Eterno.

SALVADOR. — Tiene usted mucho corazón, Eusebio.

EUSEBIO. — Deje usted descansar al macho, Salvador, y escuche. Usted sabe que los juramentos que se dan en artículo mortis sirven más bien pa que las personas mueran contentas, que pa ligarse uno con imposibles. (*Gesto en Salvador.*) No se asombre usted, porque yo no soy ningún don Quijote ni usted tampoco. Hágase usted cargo, y argumente luego. Hace catorce meses que mató su hermano de usted a la Amalia, que en paz descanse. Me dejó dos críos sin más obligación que una moral de una palabra que se lleva el viento. Yo soy un triste jornalero, pobre como el que más, y lo que gano lo necesito pa mí, que yo no soy ningún plutócrata pa cargar con los resultados de las culpas ajenas. Yo quise a la Amalia de buena fe; pero el tiempo que pasa es talmente como una esponja que va borrando poquito a poco los retratos de los muertos, y pa mí el recuerdo de la Amalia va siendo ya como si hubiera heho un viaje y me recordara de una estación muy bonita, pero na más. He llegado al punto de mi destino y como soy joven y necesito vivir y mirar por el número uno, vea usted por donde he conocido a la Engracia—bueno, usted no la conoce—, pero le diré que la Engracia es bonita, hacendosa..., vamos, una mujer muy completa, muy completa pa mí.

SALVADOR. — ¡Qué triste es, qué triste, y qué natural lo que está usted diciendo!

EUSEBIO. — ¡A ver! La Engracia dice, y con razón, que ella no quiere, al casarse conmigo, más hijos que los suyos y los míos... Póngase usted en mi caso. ¿Qué voy a hacer?

SALVADOR. — ¿Y dónde están esos niños?

EUSEBIO. — Hoy los vestí de limpio. Y como yo quería el castigo de su hermano por estimarlo de justicia, los he llevado a la Audiencia pa ver si con el espectáculo de esos infelices críos se les movía el alma a los jurados y no se dejaban ganar por las artimañas que tos sabemos. Perdónese usted este mal trago, pero yo digo mi sentir, aunque sea usted de la parte contraria, porque no soy engañador.

SALVADOR. — ¿Y dónde están?

EUSEBIO. — Los niños? En la sala de tes-

tigos los he dejao. Conque ya sabe usted tanto como yo. Esos niños tienen que ir a un hospicio. Estaba escrito... Digo, si las personas que han hecho el mal no se ponen a remediarlo... Y a usted se lo digo como persona interesá y de carácter, porque cruzar yo la palabra de Dios con Paco, que mató a la Amalia... ¡ya escampa! Era muy completa, muy completa pa mí... Me voy a buscar a la Engracia, y ya nos veremos, ¿eh? (*Se levanta.*)

SALVADOR. — Escuche usted (*Oyese dentro, hacia la izquierda, rumor animado de conversación.*)

EUSEBIO. — Ahora no; viene pa acá su gente, y yo me quito de en medio. Lo buscaré más tarde. Adiós.

SALVADOR (*Tendiéndole la mano.*) — ¡Eusebio! (*Después de estrecharse la mano en silencio, vase Eusebio.*)

ESCENA IX

SALVADOR. Instantes después la SEÑORA PAULA

SALVADOR (*Que ha permanecido breves instantes meditando.*) — No pué ser por menos, no pué ser... (*Volviéndose a la izquierda y llamando.*) ¡Madre!

PAULA (*Dentro.*) — ¿Me llamas?

SALVADOR. — Te llamo; con permiso de esos amigos. Acércate.

PAULA (*Dentro.*) — Con permiso. (*Saliedo.*) ¿Qué quieres?

SALVADOR. — Que te sientes. (*Paula se sienta.*) ¿Estás mejor?

PAULA. — Si no tenía más que un alegrón muy grande. ¿No estás contento tú?

SALVADOR. — De verte a ti, claro que lo estoy.

PAULA. — Lo dices muy triste, hijo mío.

SALVADOR. — No lo creas.

PAULA. — A mí no me engañas. Tú tienes los ojos brillantes. Parece que has llorado.

SALVADOR. — Como tú.

PAULA. — Como yo, no. Yo estoy contenta. A ti te pasa algo.

SALVADOR. — No.

PAULA (*Inquieta al observar la actitud remisa de Salvador.*) — Atrévete a decirme lo que sea. ¿Con quién hablabas aquí?... ¿Quién era ese hombre?

SALVADOR. — ¿Ese? No puedes figurártelo.

PAULA. — ¿Quién?

SALVADOR. — Eusebio.

PAULA. — ¿El novio de Amalia?

SALVADOR. — Sí.

PAULA (*Asustada.*) — ¿Viene contra Paco?

SALVADOR. — Ni lo pienses. Ese odio ya pasó.

PAULA. — ¿Entonces? (*Pausa.*)

SALVADOR (*Con embarazo; como temiendo abordar un asunto grave.*) — Madre... ¿serás buena conmigo? ¿Comprenderás lo que tengo que decirte?

PAULA.—No me asustes...

SALVADOR.—No te prevengas en contra mía, que los únicos disgustos que hemos tenido en la vida fueron a cuenta de las faltas de mi hermano, que por mi parte no quise más que verte satisfecha de mí. (*Ligera pausa.*) Madre, ¿tú has pensado un momento que esta noche Paco y yo tenemos que dormir en casa, que un mismo techo nos va a cobijar?

PAULA.—¿Y qué, hijo mío, qué tienes que decir a eso?

SALVADOR.—¿Pero no te has hecho cargo de que Paco y yo somos incompatibles, de que Paco y yo somos hermanos na más que por la sangre? ¿Tú no sabes que lo que junta las criaturas son las almas? Mi hermano y yo no cabemos en una casa tan chica... El me tiene un odio muy enconao porque sabe que yo no estoy conforme con su manera de ser, con lo que ha pasao, con lo que está pasando... ¿No tienes miedo, conociéndole a él, conociéndome a mí, de que choquemos el día menos pensao por una futesa cualquiera? El incendio estalla no se sabe cómo, porque es Dios el que manda la chispa cuando menos se piensa... Ya no es un extraño, ya es un hermano enfrente de otro... Acuérdate de aquellos gritos de la pobre Amalia: "Hay que evitar... hay que evitar..."

PAULA.—¿Qué temes, Salvador, qué piensas? (*Salvador calla.*) Tú odias a Paco, tú le odias.

SALVADOR.—Tanto como eso, no.

PAULA.—Es tu hermano.

SALVADOR.—Mi carne es hermana de la suya, eso sí, pero no mi conciencia.

PAULA.—¿Hijo!

SALVADOR.—Mi carne es hija de la tuya también, pero mi conciencia no. Con ser tú tan alta, viene de más alto. La recibo de ti con mi vida, pero nace de Dios. ¿Cómo no se ha de volver contra un hermano, si se vuelve contra uno mismo si hacemos mal a sabiendas? ¿Cómo vamos a mandar en ella si ella es la que manda en nosotros, y es la primera que nos castiga y la última que nos premia? Cavila un poco y verás cómo tengo razón.

PAULA.—Yo no sé más que querer, Salvador; yo no tengo esa conciencia pa mis hijos.

SALVADOR.—Porque eres ciega a fuerza de ser madre.

PAULA.—¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que eche a tu hermano?

SALVADOR.—No es eso...

PAULA.—¿Qué sería de él, sólo, entregao a sus vicios, ahora que necesita más que nunca el arrimo de su madre?

SALVADOR.—Sí, tienes mucha razón. Sí, puede que tú sola, entre cuatro paredes con él, consigas más que nadie, porque lo único que él respeta eres tú. En cambio, yo es otra cosa: el ejemplo que yo pueda darle da el resultao contrario; lo tengo visto. Es mucho amor propio el suyo... Yo creo que delante de mí no se enmienda na más que por no dar su brazo a torcer; por mala educación... Na más que por eso. Si me lo sé de memoria.

PAULA.—Entonces lo que quieres es separarte de nosotros...

SALVADOR.—Si no fuera por lo que me ha dicho Eusebio en este mismo sitio... A pesar de los pesares y con to lo que te he dicho, no habría fuerza humana que me apartara de tu lao, pero...

PAULA.—Pero ¿qué?

SALVADOR.—Madre: fíjate, por Dios, en lo que te digo. Si yo cometiera un delito... si yo a un semejante mío le hiciera un daño muy grande, muy malo...

PAULA.—¿Tú?

SALVADOR.—Yo no. Es un decir. Si yo a una mujer buena le quitara la honra... Es un ejemplo... ¿Qué querrías tú que hiciera?

PAULA.—Devolvérsela.

SALVADOR.—¿A costa de qué?

PAULA.—A costa de tó.

SALVADOR.—Y si el daño, en igual de ser en la honra, fuera en la vida, que eso sí que no se devuelve, y no fuera uno precisamente el autor de ese mal, sino su mismo hermano, en vez de reparar el daño con las criaturas ofendías por él que quedarán en el mundo, no lo hiciera y, antes al contrario, se mostrara contento de su delito—es un suponer—, ¿no verías tú con gusto que yo, tu hijo Salvador, por amor a ti, madre, por amor al bien, por amor a mi mismo hermano?...

PAULA (*Atónita.*)—¿Calla! (*Oyese rumor de gente en la calle. Se abre la puerta del café y aparece Paco con Don Antonio. Ambos son felicitados por unos cuantos que les rodean. Oyense vivas y aplausos. Salen a escena Gregoria, Petra, el señor Higinio, Pepe, Crisanto, etcétera.*)

SALVADOR.—Ahí tienes a tu Paco. Si hay alguien que le salve, ya te he dicho que eres tú...

PAULA (*Acudiendo a su otro hijo, transportada de gozo.*)—¿Paco!

ESCENA X

DICHOS Y PACO Y DON ANTONIO, por la calle; GREGORIA, PETRA, el SEÑOR HIGINIO, PEPE, CRISANTO y el DUEÑO DEL CAFÉ. Curiosos en las puertas.

PAULA (*A Paco.*)—¿Estás bueno? ¿Cómo estás?

PACO.—Tan campante.

GREGORIA.—Que sea enhorabuena, Paco.

PACO.—Yo estaba más tranquilo, más tranquilo estaba... ¡Si la verdad no tiene más que un camino, señor!

GREGORIA.—¿Y dónde me dejan al abogado?

HIGINIO.—¡Vaya un tío con mano izquierda!

CRISANTO.—Con un padrino así, no hay criminal que no vaya a la calle.

HIGINIO.—¡Viva la justicia popular! (*Entusiasmo, apretones de mano, etcétera.*)

DON ANTONIO.—Bueno, bueno; menos expansiones y vamos al avío, que estamos alborotando el café.

EGREGORIA.—Pa cuando es Pascua.

EL DUEÑO.—Tiene razón el señor. Lo mejor es que vayan ustedes a un sitio escondido y pidan lo que quieran.

PACO.—Eso mismo; yo quiero cenar aquí esta noche con tos. ¿No te parece, madre?

PAULA.—Como quieras.

PACO.—Pues, andando. Hay cuchipanda, señores. Tengo una alegría...

PACO (*A Salvador*).—Y tú, Salvador, ¿no me dices na?

HIGINIO (*A Crisanto, a tiempo que hace mutis con todos*).—¿Hay aquí plato del día?

ESCENA XI

PACO, SEÑORA PAULA, SALVADOR, DON ANTONIO

PACO (*A Salvador*).—¿No me dices na, hombre?

SALVADOR.—¿Qué quieres que te diga, Paco?

PACO.—¿No te alegras de verme en la calle?

SALVADOR.—¿Tú estás orgulloso de tu libertad?

PACO.—Yo sí.

SALVADOR.—Yo no.

PACO (*Amenazador*).—¡Salvador!

PAULA.—¡Paco!

PACO.—Déjeme usted, madre.

DON ANTONIO.—Prudencia.

PACO (*Con cierto aire insolente*).—¿Qué vas a echarme en cara? La justicia dice que no he delinquido, que soy un hombre cabal, que puedo alternar con los demás hombres...

SALVADOR.—Pues esa justicia que te echa a la calle es más aborrecible que tu mismo delito. Ese pueblo infeliz, porque es atrasado, que te da vivas porque mataste a una mujer con la disculpa de la pasión del cariño, vendes a bajo precio la honra y la vida de sus madres y hermanas. Ese abogado, que quizá con el mejor deseo, hace equilibrios con el Código y chanchullos con el Jurado, comete, sin saberlo, un crimen más grande que el tuyo, porque tú mataste una mujer indefensa, pero él asesina la dignidad, la confianza en la ley.

PACO (*Atónito*).—¿Oye usted, oye usted, don Antonio?

DON ANTONIO.—¿Me insultas?

PAULA.—¡Por Dios, no lo tome usted en cuenta!

SALVADOR.—¡Por encima de to está mi deber! ¡Hasta hoy he estado callando la verdad, pero la verdad rompe el disimulo pa llamar a las cosas por su nombre! Yo no estoy conforme con veredictos que pone los asesinos en la calle; yo no estoy conforme

con que mi pueblo se represente en el mundo con un estoque en el morrillo de un toro y una navaja en la mano de un celoso. ¡No más leyendas de sangre, no más chulos ni matones!

DON ANTONIO.—Estás loco, Salvador.

SALVADOR.—Loco de pena estoy por mi madre.

PAULA (*A Don Antonio*).—Perdónele usted.

SALVADOR (*Abrazando a Paula*).—Perdóneme Dios el mal que te hago en este momento, pero no está en mi mano evitarlo.

PACO.—Don Antonio, ¿qué dice usted a esto? ¿Cómo voy yo a vivir con un hermano que quisiera verme en presidio?

SALVADOR.—Estáte tranquilo; yo te dejo el campo pa ti solo.

PACO.—¿Qué dices?

SALVADOR.—Que me voy a vivir fuera de casa...

PAULA.—No...

SALVADOR.—Sí... (*A Paco*). Te dejo solo con la madre, a ver si ella te salva... No es posible que a su lado no veas clara tu bajeza y no te regeneres.

PAULA.—¿Te vas?

SALVADOR.—Me voy pa redimirlo.

ESCENA XII

DICHOS y un UJIER de la Audiencia con dos NIÑOS, pobremente vestidos.

UJIER.—Ustedes perdonen, ¿No está aquí el padre de estos niños?

PACO (*Impresionadísimo*).—Los hermanos de Amalia.

PAULA.—¡Paco!

PACO.—¡Ponte delante de ellos. Tápalos, madre!

UJIER.—Los dejó un hombre en la sala de testigos y dijo que aquí, en el café, estaba su padre...

SALVADOR.—Yo soy.

DON ANTONIO (*Asombrado*).—¿Tú?

SALVADOR.—Yo mismo. (*Todos miran a Salvador*.)

UJIER.—Pues pa otra vez tenga usted más cuidado con ellos. (*A Don Antonio*). ¿Manda usted algo, Don Antonio?

DON ANTONIO.—Nada; tome usted. (*Le da una propina. Vase el ujier. Todos miran a Salvador admirados y suspensos*.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos el UJIER

DON ANTONIO.—¿Qué has hecho, Salvador?

SALVADOR.—Ya lo está usted viendo.

DON ANTONIO.—Es una locura.

SALVADOR.—¿Verdad que sí? Parece increíble, ¿verdad? Pues nada de eso. Na más natural ni más llano. Yo me constituyo desde ahora en el padre de estos niños.

PAULA.—¡Hijo de mi alma!

PACO.—¡Madre!

PAULA.—Paco, ahora es cuando te absuelven, por tu hermano.

DON ANTONIO (*Conmovido.*)—No hay más remedio que inclinar la cabeza ante lo que haces, Salvador. El bien, como tú lo practicas, está por encima de toda crítica. Noble ejemplar de la raza española eres. Por fortuna quedan muchos todavía. Admiramos tu ejemplo los que aún no hemos tenido sinceridad ni fuerza para enmendar nuestros errores. No hay duda que el pueblo español es una gran materia prima de pueblo. Contribuyamos a su despertar.

SALVADOR.—Pues que cada uno, en lo suyo

trate de mejorarse pa mejorar a los otros. Yo quería emanciparme, salir de mi condición, ¡fuera egoísmos! Ya no me queda más que trabajar pa éstos, y juro ante Dios que no hay tarea que más me llene. La semilla está echada... Pelearé por ellos, trabajaré pa que tengan pan de trigo pa el cuerpo, pan de instrucción pa la inteligencia. ¡Ea, a vivir! ¡A la lucha por mejorarnos, que no sólo se defiende a la Patria en una trinchera; se defiende también en una escuela, que es donde se hace! (*Abraza a los niños. Paco, hondamente impresionado, se apoya en su madre y se quita el sombrero ante el grupo de Salvador y los huérfanos.*)

DON ANTONIO (*Descubriéndose a su vez.*)

—Estamos en la tierra de Don Quijote.

TELON

Federico Oliver.

En el próximo número se publicará la novela original de

Juan Pérez Zúñiga

EL NACIMIENTO DEL CONDE

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.
Ayuntamiento de Madrid

PIERNAS Y BRAZOS ARTIFICIALES

TALLERES PROPIOS
LA ORTOPEDIA MODERNA
GRAN CASA CONSTRUCTORA

UNICA EN
CORSES DE
CELULOIDE

MEDALLAS DE ORO
MADRID-ZARAGOZA

DE.

GRAN PREMIO
PARIS-MILAN

APARATOS ORTOPEDICOS
DE

CESAREO ALONSO

Fuencarral 104-MADRID-Teléfono J.415

GASAS ALGODONES VENDAJES MULETAS

FAJAS BRAGUEROS GOTIERAS GOMAS

Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-

OLEO-MOTOR

*Insuperable
para
el engrase
de
los autos*



*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

SUCESORES DE
E. Steinfeldt

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

SUMMIT

Tónico
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico
nervioso

DEBILIDAD. NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA

ANEMIA
VINO
Y JARABE
Hémoglobine
Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre **CURA SIEMPRE**. Es muy superior á la carne cruda, á los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — **PARIS**.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Ayuntamiento de Madrid

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Ouraço, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias; Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD